

**ALIA**

Revista de Estudios Transversales

Número 5<sub>03/2016</sub>

*Mosè Cometta* **Prologo** p. 2

*Omar García Temprano* **La época presente:  
una aproximación a la ontología política de  
Søren Kierkegaard** p. 4

*Marc Peguera* **Acerca de los orígenes  
de la integración europea. Libre comercio,  
federalismo y anticomunismo  
como condicionantes de la soberanía  
y la democracia.** p. 10

*Francesco Consiglio* **Linguaggio mentale  
e rappresentazioni mentali. Una breve diacronia  
da Platone a Guglielmo d'Ockham** p. 39

*Daria Mascotto* **Natya Yoga, il movimento  
consapevole come strumento  
di crescita creativa** p. 63

*Mosè Cometta* **La spesa è un diritto  
per tutti** p. 73



*Marc Peguera\** **Acerca  
de los orígenes de la integración  
europea. Libre comercio,  
federalismo y anticomunismo  
como condicionantes  
de la soberanía y la democracia.**

**ABSTRACT**

Europa se dirige nuevamente hacia un callejón sin salida. La crisis iniciada en 2007-2008 ha desatado las alarmas y ha puesto en alerta a unas élites políticas que durante las dos últimas décadas habían completado (o eso creían) un robusto edificio institucional aparentemente indestructible. El proceso de empobrecimiento, acelerado por las dogmáticas políticas de austeridad (también conocidas como ‘austericidas’) ha dejado al rey desnudo, constatándose el innegable déficit democrático de una estructura erigida de espaldas a los ciudadanos. Europa flaquea, los fascismos renacen y las misiones de guerra imperialistas no cesan, entre otras cosas a causa de la creciente dependencia energética del exterior. Mientras tanto, los EEUU observan agazapados y negocian a escondidas con las autoridades europeas un tratado de libre comercio (TTIP por sus siglas en inglés) del que la ciudadanía, incluyendo a sus representantes, apenas conoce leves detalles, generalmente filtrados clandestinamente.

Este panorama merece un salto en el tiempo que nos lleve hasta los orígenes del proceso de integración europeo, pues algo nos dice que no estamos ante un escenario novedoso. El propósito es el de recapitular históricamente, aunque sin hacer historia de forma exhaustiva. Interesa rastrear en las bases y fundamentos del edificio de la “integración europea”, aparentemente derruido o a punto de colapsar. Es preciso destilar los ejes vertebradores que señalaron el camino. ¿Cómo se pensó? ¿Qué factores influyeron en aquel proceso que, no lo olvidemos, terminó pariéndose tras dos guerras mundiales que dejaron millones de muertos tras de sí y la trágica emergencia de los llamados totalitarismos? ¿Qué fuerzas movieron los hilos entre bambalinas? ¿Cómo afectó todo ello al Estado-nación? ¿Qué se pretendió entonces? No son preguntas que admitan respuestas directas y concisas, entre otras cosas porque son muchas las voces con algo que decir y muy complejos los acontecimientos que tuvieron lugar.

El ensayo se ha planteado como una suerte de estudio de inspiración historicista que persigue elementos de reflexión político-filosóficos que permitan entender ese pasado, camino de una mínima comprensión del presente. No

\* Marc Peguera es Diplomado en Ingeniería Técnica en Química Industrial por la UPC, Licenciado en Filosofía por la UB, Posgrado en Análisis Económico y Filosófico-Político del Capitalismo Contemporáneo y Máster en Ciudadanía y Derechos Humanos. Ética y Política por la UB. Actualmente prepara su doctorado en la UB.

esconde, por ello, la intención de convertirse en la puerta de entrada, si no introducción, a un estudio mucho más largo y profundo que rebañe todas las aristas posibles sobre esa gran aventura que fue y todavía es la construcción europea, un viejo sueño que por momentos se antoja como caricatura, cuando no pesadilla. Lejos de yermas complacencias o lecturas e interpretaciones recreativas y políticamente inermes, se ha buscado la controversia fundamentada, con una de las herramientas de las que debe servirse todo filósofo político que se precie: el espíritu crítico.

El ensayo se divide en cinco partes. En la primera parte se presenta un breve esbozo histórico a partir de la lectura de un sugestivo análisis de Perry Anderson sobre las tesis de Alan S. Milward, posiblemente el más reputado historiador sobre los orígenes de la integración europea. La segunda parte permitirá una rápida introducción en el núcleo intelectual de quienes pensaron la integración durante y a raíz de la Primera Guerra Mundial. La tercera parte se centrará en los llamados “padres de Europa”, que además de implementar la unidad europea, pusieron sus cimientos. La cuarta parte pondrá el acento en el papel de los EEUU en el proceso, sin duda determinante y que, como condicionante externo del proyecto integrador, se podría considerar como eje vertebrador activo, siendo el comunismo y la URSS, siempre a nivel externo, un eje vertebrador pasivo. La quinta parte, donde se reflexiona sobre todo ello, planteará las debidas conclusiones.

#### KEYWORDS

Integración Europea / Federalismo / Nacionalismo / Anticomunismo / Soberanía / EEUU

## El contexto histórico

El nacimiento del proyecto de unión europea se sitúa a medio camino del *short twentieth century* popularizado por Eric Hobsbawm. El eminente historiador británico nos cuenta que la Comunidad Europea (CEE) fue creada “tanto por los EEUU como contra ellos”. En aquel tiempo el miedo a la URSS era innegable entre los países del hoy llamado Bloque Occidental, a lo que debía unirse el miedo de Francia a Alemania, compartido por buena parte de los países del entorno tras dos gravísimas conflagraciones mundiales. Por su parte, desde Europa se sentía miedo a los EEUU por sus ansias de supremacía mundial. Los europeos tuvieron suerte de que el proyecto de EEUU de una economía mundial “de libre comercio, libre convertibilidad de las monedas y mercados libres” no fuera realista, entre otras cosas debido a “las tremendas dificultades de pago de Europa y Japón”.<sup>1</sup> EEUU no estaba en disposición de imponer el modelo a Europa, por lo que la Comunidad Europea debe entenderse en su origen como una alianza franco-alemana, sin olvidar que el posterior avance de la Guerra Fría terminó produciendo un desplazamiento del peso económico del mundo hacia Europa y Japón. Europa, además, debía reconstruirse en el marco de la alianza antisoviética, para lo que se trabajó en su integración en el marco de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Así, los países europeos aceptaban “la supremacía norteamericana como precio de la protección” frente a la URSS. Aunque “la «contención» era la política de todos; la destrucción del comunismo, no”.<sup>2</sup> Por su parte, Tony Judt se ha introducido con mayor detalle en las interioridades del

1 HOBBSAWM Eric, *Historia del Siglo XX*, Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, trad., Barcelona: Crítica, 2015, pp. 243-244.

2 HOBBSAWM, 2015, p. 241.

correspondiente proceso de nacimiento y ha prestado atención a posibles antecedentes que explicasen dicho proyecto, que sitúa en las uniones arancelarias de Europa Central y Occidental en el s. XIX. La Primera Guerra Mundial había reforzado las ideas de unificación y el nacimiento de la idea paneuropeísta, permitiendo a franceses y alemanes entender su dependencia mutua. Así es como se produce el Pacto del acero en 1926, “un cártel al estilo tradicional”. Francia terminó entendiendo la importancia de la relación con Alemania para desarrollar su industria del acero, a pesar de la crisis de 1929. En plena ocupación alemana (Vichy), ya durante la Segunda Guerra mundial, se observó el germen de un “nuevo orden económico «europeo»”. Se hablaba entonces de una actualización del sistema continental napoleónico auspiciado ahora por Hitler, lo que George Kennan, diplomático y consejero gubernamental al que se conoce por ser el padre de la «contención», valoró positivamente bautizándolo como el “orden de Hitler”, entendido como orden económico. Churchill confiaba por su parte en que la familia europea pudiese “actuar unida”, algo que empezó a materializarse más adelante en el “fórum para el diálogo europeo, que es lo que se propuso en un Congreso del Movimiento para la Unidad Europea celebrado en La Haya en Mayo de 1948”. El estadista británico también insistía en la unión de Francia y Alemania como factor clave. Judt enumera las etapas clave en el proceso de integración formal, señalando de entrada la implementación de la Unión Aduanera del Benelux (1948) y la Convención Europea de Derechos Humanos (1950). El problema de fondo era la vinculación de Alemania. En octubre de 1949 Dean Acheson, Secretario de Estado de los EEUU bajo el mandato de Truman, fue quien convenció a Robert Schuman, al que nos referiremos más adelante, para incluir a Alemania. A partir de ahí la cuestión del acero se torna principal, se gesta el “plan Schuman”, que es considerado como una “revolución diplomática” en la que se crea una autoridad conjunta para la producción del carbón y el acero franco-alemanes. Así nace la CECA (Comunidad Económica del Carbón y el Acero). No se trataba de un proyecto de integración europea “salvo en las fantasías de (Jean) Monnet”, sino que era una maniobra política justificada mediante acuerdos económicos. Se trataba en definitiva de superar el enquistado conflicto franco-alemán.<sup>3</sup>

Quien ha radiografiado con mayor profundidad los recovecos de aquel convulso periodo ha sido el historiador Alan S. Milward, sugestiva y críticamente analizado por Perry Anderson, que ha identificado dos corrientes histórico-académicas sobre los orígenes de la Comunidad europea en su intento por desentrañar su naturaleza misma. Es decir, ha analizado políticamente “la génesis de su estructura” a partir de los diferentes estudios históricos conocidos. Por un lado está la corriente neo-funcionalista, que lo confiaba todo a la interdependencia e “insistía en la lógica aditiva del desarrollo institucional”. Pequeños cambios funcionales conseguían como resultado variaciones complementarias que se producían gradualmente, lo que justificaba teorías federalistas de toda índole. Por otro lado está la corriente interpretativa, que tiene muy presente la “capacidad de resistencia estructural del Estado-nación” y que confirma el fortalecimiento de las naciones en lugar de lo contrario y/o esperado. A esta segunda corriente se adscribe Alan S. Milward, según Anderson “el historiador que mejor ha sabido interpretar” la integración europea. Para Milward, el desastre de la Segunda Guerra Mundial permitió una rehabilitación del Estado-nación, pues se integró

3 JUDT Tony, *Postguerra*, Jesús Cuéllar y Victoria E. Gordo del Rey, trad., Madrid: Taurus, 2006, pp. 235-242.

en la llamada nación política a amplias capas del tejido social que hasta entonces habían permanecido ajenas a la misma. Como si hubieran descubierto su poder, entendieron que la cooperación interestatal favorecía la ampliación de unos Estados-nación “moralmente rehabilitados dentro de sus propias fronteras”. Entendieron que si “compartían determinados elementos de soberanía” en beneficio de todos, se fortalecerían.<sup>4</sup> Según Milward, la contención de Alemania jugó un papel secundario. Anderson identifica cuatro presupuestos en la teoría de aquél:

1. La voluntad de integración se sostiene en intereses domésticos, no en la política exterior. *Primat der Innenpolitik* (primacía de la política interna).
2. Cuando lo exterior condicionó la toma de decisiones políticas fue “como prolongación del objetivo doméstico”.
3. El consenso interior era consecuencia de lo determinado en las urnas. Democracia.
4. En aquello realmente importante, la participación de los Estados fue simétrica.

Para Milward, como para la mayoría de intérpretes, el origen de la integración, la espoleta que activó el mecanismo, fue la Segunda Guerra Mundial, empezando por “el recuerdo de la magnitud de la superioridad alemana y de sus consecuencias”, además de las “conmensurables tareas de reconstrucción de los estados-nación”. También incide en otro lugar común como fue la exigencia francesa de contener a los alemanes. Al final, no obstante, el entendimiento entre ambos países terminó resultando clave en el proceso. Eso sí, “los objetivos domésticos concretos que, según Milward, impulsaron la integración podrían haberse cumplido con ayuda de un marco más sencillo”, sin necesidad de las instancias supranacionales finalmente impulsadas. Si sucedió así fue porque influyó notablemente la “visión federalista de una Europa supranacional que desarrollaron Monnet y su círculo”. De hecho, la maquinaria de la integración, como ya hemos dicho, se puso en marcha cuando Acheson convenció a Schuman para que “trazara una política francesa coherente en relación con Alemania”, tal y como explica Tony Judt en su *Postguerra*. Allí estaban, influyendo. Perry Anderson nos recuerda que, siempre según Milward, “las iniciativas que Monnet puso en marcha en estos años le debían mucho al estímulo de los americanos”. Monnet se relacionaba muy bien con las altas esferas estadounidenses, lo que creó suspicacias entre sus compatriotas, que no tenían claro si su “fervor europeísta (...) era una actitud dictada por sus patronos americanos, encuadrada en el marco estratégico del Plan Marshall”. A pesar de las sospechas, Anderson certifica que Monnet consideraba que “la obsesión occidental por la amenaza soviética era una distracción” y que su proyecto difería del que defendían los EEUU. Lo importante aquí, sin embargo, es observar que el influjo federalista no fue de entrada generalizado, pues “las pasiones de la Guerra Fría se impusieron rápidamente a las lecciones de la Guerra Mundial”.

La perspectiva de los años y la realidad política de la Unión Europea en el primer tramo del s. XXI, nos conducen al establecimiento de una relación entre el proyecto federal, finalmente dominante, y la falta de democracia, sin duda un problema que el proceso de integración viene arrastrando desde sus inicios.

4 “Integration, the surrender of some limited measure of national sovereignty, is (...) a new form of agreed International framework created by the nation-states to advance particular sets of national domestic policies which could not be pursued, or not be pursued so successfully, through the already existing International framework of co-operation between interdependent states, nor by renouncing international interdependence”. MILWARD, Alan S., *Conclusions: the value of history*, in MILWARD, Alan S. et al., *The Frontier of national sovereignty. History and theory 1945-1992*, New York: Routledge, 1994, p. 182.

Anderson afea la convicción de Milward acerca de las bases populares del proceso de integración europea y sus credenciales democráticas, que sólo se perciben a nivel teórico (y sobre lo que discutiremos más adelante), bases presuntamente fundamentadas en el consenso de la ciudadanía en cada Estado-nación, pero lo cierto es que Monnet simboliza “la naturaleza dominante del proceso que ha conducido a la Unión actual”, ya que no se detecta participación popular real hasta el referéndum británico de 1976. Como recuerda Anderson, “Monnet era una figura ajena al proceso democrático (...). Nunca se dirigió a una multitud ni se presentó a unas elecciones. Evitaba cualquier contacto directo con el electorado y se limitaba a trabajar exclusivamente con las élites”. Sin duda se puede hablar de las raíces no democráticas de la Unión Europea. En este sentido, retomando la influencia de Monnet en el proceso de integración y la inclinación final hacia la vía federalista, a pesar de las dificultades iniciales, conviene tener muy presente una vez más el factor estadounidense. Anderson afirma que la “presión americana en la época de Acheson y Dulles fue crucial en la materialización de una fuerza real (...) que hiciera realidad la noción de «la unión más grande la historia» que consagrará el Tratado de Roma”. Como certifica el propio Anderson, Milward minimiza el papel de los EEUU y le acusa de “falta de realismo”. Retomando el cuarto punto de los identificados en el discurso de Milward, los EEUU priorizaron los “imperativos político-militares (...) en la batalla global contra el comunismo”, a pesar de las advertencias internas que, como veremos más adelante, advertían a la Casa Blanca y al Departamento de Estado sobre los riesgos para la competitividad económica norteamericana que traerían una Europa unificada y reforzada. Es el tradicional aislacionismo norteamericano. Como señala Anderson, Milward, que sin duda señala con mordacidad “las prioridades de EEUU”, no entiende que allí “no existía una continuidad entre las prioridades nacionales y los objetivos internacionales”. Esta tensión entre ambas prioridades o dimensiones políticas se reproducía en el Reino Unido y es un jugoso elemento de análisis de aquellos convulsos tiempos. Finalmente, Anderson reconoce un cambio, una evolución en los planteamientos de Milward, que en sus últimos trabajos prefiere hablar de lealtad antes que de consenso, termino más “feudal” y acorde a la realidad de la integración, lejos de las connotaciones democráticas del segundo. De alguna manera, acaba reconociendo que la participación popular en el proceso de construcción europea debe ser relativizada o, al menos enfocada de un modo menos idealizado.<sup>5</sup>

El proceso de integración, como resume Anderson a partir de las propias tesis de Milward, puede explicarse por tanto a partir de cuatro fuerzas o intereses cruzados, cuando no enfrentados:

1. Una tendencia de signo federalista liderada por Jean Monnet, empeñada en limitar el poder de los estados-nación, con el recuerdo de los desastres provocados por las guerras de signo nacionalista.
2. EEUU pretendía edificar un muro de contención capaz de contener al enemigo soviético.
3. Francia pretendía “maniatar a Alemania” mediante un pacto que situase a París como “*primus inter pares* al oeste del Elba”.
4. Alemania pretendía recuperarse como potencia y “mantener abierta la perspectiva de la reunificación”.

5 “In explaining Integration from above, from the standpoint of domestic policies formulated, decided and put into action, we only learn that the frontier of national sovereignty is determined from below, even if votes and voters are less important than our original hypothesis suggested”. MILWARD, 1994, p. 195.

Estos cuatro intereses se consiguieron articular porque la promesa de prosperidad y estabilidad económica los hacía factibles. Así es como, de forma resumida, Perry Anderson enfoca el nacimiento del proceso de integración europea a partir de la figura de Alan S. Milward.<sup>6</sup>

## Antecedentes de la integración

A partir del final de la Primera Guerra Mundial la teorización del proyecto paneuropeo cobró un inusitado impulso y el debate acerca de esta cuestión, especialmente en Francia, arreció con intensidad. Fue la trágica conflagración bélica, conocida en su tiempo como la Gran Guerra, la que despertó conciencias y animó a diplomáticos, políticos, industriales y diferentes personalidades influyentes a imaginar un continente que no volviese a pasar por lo mismo otra vez. A nivel político, seguramente, quien marcó un antes y un después en la teorización y puesta en marcha de una propuesta de integración europea, fue el entonces Ministro de Asuntos Exteriores francés Aristide Briand, que en un singular discurso ante la asamblea de la Liga de las Naciones el 5 de Septiembre de 1929 habló abiertamente de una propuesta federal para los pueblos de Europa:

“Creo que entre los pueblos que se agrupan geográficamente como pueblos de Europa, tiene que haber algún tipo de vínculo federal; deben tener en todo momento la posibilidad de mantenerse en contacto, discutir sobre sus intereses, tomar resoluciones conjuntas, establecer entre ellos un vínculo de solidaridad que les permita enfrentarse, en el momento adecuado, a graves circunstancias, en caso de que surjan”.<sup>7</sup>

Convendría plantearse si el trágico periodo iniciado en 1914 y finalizado en 1945 no es más que la consecuencia de lo que Manolo Monereo, siguiendo a Jean-Pierre Chevènement, ha calificado como primera globalización, que sería el antecedente de lo que ahora estamos viviendo, la consecuencia de la segunda globalización. Así, “la primera globalización, ligada al dominio del imperio británico, terminó con un conflicto bélico que duró treinta años. (...) El intento de imponer a toda costa un ‘mercado autorregulado’ capitalista terminó provocando una inmensa reacción en las sociedades, de los Estados, de las clases trabajadoras y de los pueblos”.<sup>8</sup> Chevènement alude a la “guerra de los treinta años”, expresión utilizada tanto por Charles De Gaulle como por Winston Churchill, “el tiempo que habrá hecho falta para derrotar lo que en 1914 se llamaba pangermanismo, forma de nacionalismo étnico y darwiniano cuya influencia iba más allá del círculo de sus seguidores explícitos y que, si no ha sido la causa profunda de la guerra –lo cual sería reductivo–, sin duda ha contribuido a encenderla”. Profundizando un poco más, las verdaderas causas “hay que buscarlas (...) en las contradicciones de la «primera mundialización» iniciada, a partir de 1860, bajo la égida de Gran Bretaña”. De hecho, los orígenes de la integración europea habría que rastrearlos en ese periodo que se inicia en 1914, pues de la Gran Guerra salió muy tocada la idea de «nación política». Lo veremos más adelante

6 ANDERSON, Perry, *El Nuevo Viejo Mundo*, Jaime Blasco Castiñeyra, trad., Madrid: Akal, 2012, pp. 19-36.

7 “Je pense qu’entre des peuples qui sont géographiquement groupés comme les peuples d’Europe, il doit exister une sorte de lien fédéral; ces peuples doivent avoir à tout instant la possibilité d’entrer en contact, de discuter leurs intérêts, de prendre des résolutions communes, d’établir entre eux un lien de solidarité, qui leur permette de faire face, au moment voulu, à des circonstances graves, si elles venaient à naître” (traducción al castellano propia). *Discours d’Aristide Briand devant la Xe session de l’Assemblée de la Société des Nations*, Genève, Salle de la Réformation, le 5 septembre 1929.

8 MONEREO, Manolo, *Por Europa y contra el sistema euro*, Barcelona: El Viejo Topo, 2014, pp. 54-55.

en quienes, desde incluso antes de concluir la Gran Guerra, defendieron con uñas y dientes proyectos federales, abominando de la nación, pues la entendían como germen del conflicto. Hay una banalización del mal, del concepto de mal que provoca, según Chevènement, la estrategia del “nunca más”, a su vez generadora de la solución mágica: ¡Europa!, siempre con el fondo de la “diabolización de las naciones europeas”, que empieza con la confusión entre lo que es la nación, “marco esencial de la democracia”, con el nacionalismo, “que no es sino una perversión condenable”.

La Gran Guerra, iniciada en 1914, fue buscada y respondió al desarrollo y avance de Alemania, algo que amenazaba la hegemonía mundial anglosajona, con Gran Bretaña en el mascarón de proa y los EEUU en la recámara, esperando su momento. Los británicos no quisieron entenderse con los alemanes y, de alguna forma, prefirieron “transferir su hegemonía a los Estados Unidos”. Según Chevènement, los acontecimientos iniciados en 1914 explican el proceso de nacimiento de la integración europea tal y como lo hemos conocido. Ahí se inicia el declive de la hegemonía europea a nivel mundial.<sup>9</sup> Lo cierto es que los sufrimientos padecidos y las carencias del Tratado de Versalles alimentaron el rechazo entre naciones, pero al mismo tiempo “estuvieron en el origen de una intensa «necesidad de Europa». Sea como fuere, se edificó un constructo teórico formidable caracterizado por la superación de la nación y en el que no pocos (desde Coudenhove-Kalergi hasta Winston Churchill) pidieron la creación de unos Estados Unidos de Europa.<sup>10</sup> Conviene por eso recuperar la visión «nacional» de la Gran Guerra, “progresivamente suplantada por una visión ideológica, la del enfrentamiento entre concepciones antagónicas de la sociedad y, en definitiva, la de una «guerra civil europea»”.<sup>11</sup> Según Chevènement, “el rechazo de la nación y del patriotismo republicano (...) van de la mano”, y es que “sostener (...) que la historia de las naciones continúa no es una manera de lanzarlas unas contra otras (salvo, como hemos visto, que se confundan nación y nacionalismo)”.<sup>12</sup>

El 8 de enero de 1918 Woodrow Wilson se dirigía al Congreso de los EEUU, reunido en su sexagésimo quinta reunión, para desplegar sus famosos *fourteen points*, que certificaban el final de la Primera Guerra mundial y los intentos por ganar la paz. Entre aquellos catorce puntos destacaban el segundo, en el que pedía la libertad absoluta de navegación por todos los mares del mundo, el tercero, en el que advertía sobre la necesidad de eliminar hasta donde fuese posible las barreras económicas, favoreciendo el libre comercio, y el decimocuarto, en el que anunciaba que “una asociación general de naciones debe ser formada bajo convenios específicos con el fin de ofrecer garantías mutuas de independencia

9 De hecho, “la Gran Guerra no fue la causa (...), pero sí aceleró la llegada del siglo estadounidense”. MACMILLAN, Margaret, 1914. *De la paz a la guerra*, José Adrián Vitier, trad., Madrid: Turner, 2013, p. 23

10 Las propuestas de Coudenhove-Kalergi, explicitadas en su “Pan-Europa”, las analizamos más adelante. En cuanto a Churchill, remitimos a su discurso en Zúrich, donde afirmó en un conocido pasaje lo siguiente: “Yet all the while there is a remedy which, if it were generally and spontaneously adopted, would as if by a miracle transform the whole scene, and would in a few years make all Europe, or the greater part of it, as free and as happy as Switzerland is today. What is this sovereign remedy? It is to re-create the European Family, or as much of it as we can, and provide it with a structure under which it can dwell in peace, in safety and in freedom. We must build a kind of United States of Europe” Audio disponible en <https://youtu.be/Ln4SRnt4VE0> (pasaje citado entre 4:18 y 5:23) Transcripción completa disponible en <http://www.churchill-society-london.org.uk/astonish.html> (hiperenlaces del trabajo consultados el 25 de Enero de 2016)..

11 MacMillan insiste en esta tesis: “El darwinismo social, ese hijo bastardo del pensamiento evolucionista, junto con su primo el militarismo, fomentaron la creencia de que la competencia entre naciones estaba de acuerdo con el orden natural, y que al final sobrevivirían las más aptas”. MACMILLAN, 2013, p. 28.

12 CHEVÈNEMENT, Jean-Pierre, 1914-2014. *Europa, ¿fuera de la historia?*, Miguel Candel, trad., Barcelona: El Viejo Topo, 2014, pp. 12-50.

política y la integridad territorial de grandes y pequeños Estados por igual”.<sup>13</sup> Tres días antes, el 5 de Enero, Luigi Einaudi, político liberal italiano, que tras la Segunda Guerra Mundial llegó a convertirse en el segundo Presidente de la República italiana (1948-1955), publicaba en el *Corriere della Sera* una columna bajo el pseudónimo de Junius en la que mostraba sus reticencias ante las discusiones sobre la Liga de las Naciones. En aquella columna constataba la intención de políticos e intelectuales acerca de la necesidad de una Europa unida, pero sólo “unos pocos estaban preparados para limitar la libertad de su propio país”, es decir, el proyecto de Wilson estaba defendiendo una confederación (integración con tantas unidades políticas como Estados) en lugar de una federación (integración de Estados en una sola unidad política, con un poder político centralizado más allá de la cesión/conservación de ciertos espacios de soberanía), lo que a juicio de Einaudi “sólo retrasaría el estallido de un nuevo conflicto”, pues la historia había demostrado que las asociaciones de Estados sin cesión de soberanía alguna habían resultado siempre un fracaso. Matthew D’Auria ha investigado la figura del futuro Presidente italiano, remontándose hasta los orígenes de su interés por la unidad de Europa, que data en 1897, cuando “franceses, británicos, alemanes e italianos intervinieron en la Guerra de los Treinta Días entre Grecia y el Imperio Otomano”, y es que desde mediados del s. XIX se venía observando un aumento de la necesidad de colaboración entre las diferentes naciones, una potenciación de la interdependencia que veía como imparable. Ya entonces, en 1897, se llegó a hablar de los Estados Unidos de Europa. Aunque la visión del propio Einaudi se mantuvo con los años, “algunos de sus elementos cambiaron a lo largo del tiempo, pasando de ser ‘federalista’ a ser ‘funcionalista’, antes de regresar a su idea inicial”. Según D’Auria, estos cambios se produjeron a causa de la visión que Einaudi tenía de las clases dirigentes continentales. En cierto modo, afirma, los cambios sociales de la época, desde 1918 hasta principios de los años cincuenta, moldearon su perspectiva política sobre la unidad europea. Para hacernos una idea, Einaudi era un liberal de su época que tenía una perspectiva próxima a la defensa de la clase trabajadora, lo que no le impidió ser un crítico visceral del llamado ‘socialismo real’ y del comunismo. A esa “simpatía por la clase trabajadora” sumaba una “fuerte desconfianza por los partidos de los trabajadores y los sindicatos”, pues como buen liberal veía la intervención estatal en los asuntos económicos como “la antesala del autoritarismo”. Desde una perspectiva claramente abierta, heredera de una tradición liberal pragmática con tintes republicanos, Einaudi “rechazaba la concepción ‘negativa’ de la paz como mera ausencia de guerra” y la postulaba como la consecuencia del entendimiento entre los diversos actores (Estados) en base a acuerdos, tratados y alianzas, en clara deuda con el proyecto universalista de Kant. Los conflictos, para él, no eran la consecuencia de disputas económicas, religiosas e incluso ideológicas sino que éstos derivaban de la “anárquica naturaleza de la sociedad internacional, basada en la independencia formal y la soberanía absoluta de cada nación”, que él consideraba como un poder diabólico, pues era el que impulsaba a la constante expansión territorial, aquí sí, por motivos económicos. De ahí que defendiese que los “espacios grandes económicos, integrados por mejoras tecnológicas, tenían que ser dirigidos por una única autoridad política”. Einaudi, que estaba inspirado por Lionel Curtis,<sup>14</sup> se remontaba a las poderosas ciudades-Estado italianas del s. XVI, que ante el empuje de las potencias española y francesa, terminaron

13 Disponible en [http://www.ourdocuments.gov/doc\\_large\\_image.php?doc=62](http://www.ourdocuments.gov/doc_large_image.php?doc=62).

14 *The Commonwealth of nations*, en <https://archive.org/details/commonwealthnat00tablgoog>.

entrando en declive. El signo de los tiempos, en definitiva, que ahora llevaría a los Estados europeos a desaparecer, pues “no podrían competir, económica o militarmente, con los EEUU o la URSS”.<sup>15</sup>

El proyecto federalista de Einaudi estaba inspirado en el nacimiento de los EEUU<sup>16</sup> y en su momento se compenetró con las propuestas de un importante libro escrito por Giovanni Agnelli (fundador de FIAT) y Attilio Cabiati, que era colega y amigo personal del propio Einaudi.<sup>17</sup> Con la Gran Guerra concluyendo, aquel libro reflejaba los debates y reflexiones que habían tenido desde 1916 sobre el proyecto de una Europa en paz. Ambos entendían que la guerra procedía o nacía de la división europea en Estados nacionales, lo que les llevaba a denunciar los peligros de todo nacionalismo y particularismo. Al fin y al cabo, el Estado-nación centralizado era, por definición, autoritario. Su propuesta bebía de un federalismo inspirado en la figura de Hamilton,<sup>18</sup> algo que también sucedía con Einaudi, y se dividía en tres puntos:

1. Que el principio de la nación sólo tiene un valor histórico y marca un puente de transición entre la teoría absolutista y la de la libertad.
2. Que, como todos los conceptos de transición, parece incapaz de resolver ciertos problemas clave, abriendo el terreno a una peligrosa degeneración.
3. Que el principio federal es el único capaz de conciliar las aspiraciones de las diferentes naciones con la suprema necesidad de un Estado en régimen de libertad.<sup>19</sup>

Los intereses económicos, sin lugar a dudas, estaban en la base de esta perspectiva,<sup>20</sup> nítidamente contraria a toda clase de proteccionismo. Conviene recordar que Agnelli, tras pasar por los EEUU, tomó buena nota del ejemplo de Henry Ford y su industria automovilística de cara a la fundación de la FIAT. De hecho, ambos eran admiradores de Hitler y abundan los documentos que prueban las buenas relaciones entre el empresario italiano y Benito Mussolini.<sup>21</sup> El cinismo

15 D'AURIA, Matthew, *Junius and the 'President Professor'. Luigi Einaudi's European Federalism*, in HEWITSON & D'AURIA (eds), from *Europe in crisis. Intellectuals and the European idea, 1917-1957*, New York: Berghahn Books, 2012, pp. 289-296.

16 “It was only thanks to the 1787 Constitution, fusing the sovereignties of the thirteen colonies into a single political space, that the United States were able to suppress war within their own immense territory”. D'AURIA, in HEWITSON & D'AURIA, 2012, p. 297.

17 AGNELLI, Giovanni & CABIATTI Attilio, *Federazione Europea o Lega Delle Nazioni?* Pordenone: Edizioni Studio Tesi, 1996.

18 “La esencia de la soberanía es la omnipotencia legal y no puede reconocer una soberanía superior, sin destruirse. Hamilton, Washington, todos los hombres más conspicuos de la Confederación vieron el peligro y lo señalaron”. Traducción propia, AGNELLI & CABIATTI, 1996, p. 55 (se refiere a los cambios implementados en la Constitución de 1787, algo que también señaló Einaudi). Ya en referencia a Wilson, escriben: “El ejemplo americano es decisivo. La llegada de Wilson a la presidencia significó (...) la preeminencia de las fuerzas democráticas que podían, con una nueva política aduanera y legislativa, frenar instantáneamente a los elementos oligárquicos”, palabras sorprendentes por parte de un oligarca italiano y liberal como Agnelli. Traducción propia, AGNELLI & CABIATTI, 1996, p. 58.

19 Traducción propia, AGNELLI & CABIATTI, 1996, p. 9.

20 “La doctrina nacionalista, en definitiva, está en la base económica para la justificación de la explotación legal y sistemática de la comunidad, a favor de las castas, o ciertos grupos de interés”. Traducción propia, AGNELLI & CABIATTI, 1996, p. 40.

21 Cuando en 1932 Mussolini visita Torino y antes de pronunciar un discurso, Agnelli pronuncia las siguientes palabras: “Questo sentimento che ogni vero italiano nutre per voi è fatto di ammirazione e gratitudine. Ammirazione per la vostra personalità dominatrice e gratitudine per la confidabile opera di governo con la quale avete migliorato in ogni campo della vita nazionale e internazionale il posto e il destino del Paese. I risultati di questo vostro lavoro, che è atto di fede ed esempio di organizzazione e di metodo, si impongono a tutti. Ma soprattutto parlano alla coscienza dei lavoratori perché voi stesso venite dal popolo ed è sempre soltanto verso di esso che andate col pensiero e con l'azione. Qui al Lingotto batte il cuore di Torino operaia, dal nostro cuore si leva con entusiasmo l'evviva alla rinnovata Italia e al suo Duce. Viva Benito Mussolini”. Existe un documento videográfico que lo atestigua: [https://youtu.be/Xn\\_TEZDUmG8](https://youtu.be/Xn_TEZDUmG8).

del ideal perseguido queda de manifiesto en la justificación y defensa del colonialismo, problema que debería solucionarse en la nueva Europa federal. Para ello, la propuesta es clara: promover la solidaridad en lugar de la mera competencia en el marco de la causa colonial o inter-colonialista.<sup>22</sup>

Un personaje clave en el debate de entreguerras fue el aristócrata de origen austriaco Richard N. Coudenhove-Kalergi, que se convirtió en uno de los primeros en posicionarse sin ambages a favor de un proceso de integración. Sus postulados quedaron escritos en un libro titulado “*Pan-Europa*”, publicado en 1923.<sup>23</sup> El libro de Coudenhove-Kalergi aglutina y anuncia en sus páginas buena parte de los deseos, aspiraciones, miedos y contradicciones de quienes en el periodo de entreguerras imaginaron una Europa unida. El texto empieza invocando la voluntad de los europeos ante la realidad de un continente en franco retroceso respecto al resto del mundo, sumido en un caos económico y monetario. Detecta un problema fundamental, no en los pueblos que forman el continente sino en su sistema político, por lo que aboga por “sustituir la Europa anárquica por una Europa organizada”, pues la falta de unidad es lo que mantiene a Europa atenazada, mucho más si tenemos en cuenta la imparable y cada vez más asentada mundialización, que mantiene al viejo continente lejos de su independencia económica. Coudenhove-Kalergi diferencia entre una política sintética a nivel extra-europeo y una de signo analítico (atomizador) en el viejo continente, donde considera que el deseo de libertad prima frente al de organización. Su propuesta pasa por un equilibrio entre una amplia autonomía interna y una federación tan extensa como sea posible a nivel externo. Destaca dos “problemas candentes”, la lucha de clases (la cuestión social) y la lucha entre los diferentes Estados (la cuestión europea) y se pregunta si se puede garantizar la paz y su independencia sin organizarse como una federación de Estados que salve su existencia. La solución pasa por “la unión política y económica de todos los Estados europeos, desde Polonia a Portugal, en una confederación de Estados”.<sup>24</sup> Detecta dos fuerzas que amenazan a Europa. Por un lado los estadounidenses, por el otro los rusos: “Rusia quiere conquistarla, América quiere comprarla”. Según su perspectiva, a partir de la Doctrina Monroe, EEUU consiguió deshacerse definitivamente del dominio europeo, convirtiéndose en la primera potencia mundial, manteniendo al resto de América bajo su influencia gracias a la Unión Panamericana, y a Europa “gracias a su posición de acreedores”.

Como hemos visto, la figura de Coudenhove-Kalergi permite encuadrar parte de los elementos de análisis y reflexión que estamos viendo. Entre quienes recogieron el guante lanzado por el aristócrata de origen austriaco, destaca la figura de Édouard Herriot, político y escritor que, entre otras responsabilidades, llegó a ser Primer Ministro de Francia, como Aristide Briand, en el marco de la *Troisième République* (1870-1940), y que publicó un célebre libro con un título que no dejaba lugar a dudas, “Los Estados Unidos de Europa”.<sup>25</sup> Como todo

22 AGNELLI & CABIATTI, 1996, p. 74.

23 COUDENHOVE-KALERGI, Richard N., *Pan-Europa*, Félix de la Fuente, trad., Madrid: Encuentro, 2010.

24 Pero el *leit motiv* es claramente económico: “la economía europea tiene una misión más importante aún por resolver: suprimir poco a poco las barreras aduaneras entre los países de Europa, la fusión de las áreas económicas nacionales en un área paneuropea, que sería la única capaz de poder competir con éxito con una industria americana”. COUDENHOVE-KALERGI, 2010, p. 130. El propio autor anuncia la necesidad de la que será Comunidad Económica del Carbón y el Acero (CECA) cuando escribe que Francia debe estrechar la relación con Alemania, organizando “una unión aduanera para ensamblar el carbón alemán con el mineral de hierro francés en una industria siderúrgica paneuropea”. COUDENHOVE-KALERGI, 2010, p. 145.

25 HERRIOT, Édouard, *Los Estados Unidos de Europa*, Luis Leal Crespo, trad., Madrid: Zeus, 1930.

estadista, Herriot presta mucha atención a la realidad geopolítica, haciendo un estudio de caso en el que no olvida las cuestiones geográficas, las económicas y las puramente políticas.<sup>26</sup> Considera que Europa, por su configuración geográfica y a diferencia de otros espacios del mundo, “se presta admirablemente a la penetración, a la circulación de las mercancías o de las ideas (...) condición esencial para la formación de una Federación de pueblos”, que sin duda garantizaría la paz, principal objetivo tras la Gran Guerra. Aunque su discurso muestra trazas del espíritu colonial y eurocéntrico de la época (“en otro tiempo, Europa dominó y civilizó todos los pueblos”) sabe mirar hacia adelante en la inevitable comparación con los EEUU: “no se trata, de ningún modo, de oponer un imperialismo europeo al pretendido imperialismo americano. Se trata de organizar, *no una lucha, sino un equilibrio*”. La sensación es común. Donde Coudenhove-Kalergi aspiraba a la organización que superase la anarquía, Herriot propone organizar un equilibrio, “disciplinar un continente” que se encuentra en un “estado de equilibrio inestable”. Al igual que el grueso de defensores del paneuropeísmo, Herriot fija su mirada en el proyecto panamericano y señala la buena acogida de parte de la prensa americana junto a los recelos de quienes, por el contrario, ven en la idea de Federación europea un motivo de preocupación. Sea como sea, el proyecto “ha dejado de ser una vaga aspiración de los liberales”.

Herriot presta mucha atención a las propuestas de su tiempo en materia de concentración económica y aumento de la productividad, a imagen y semejanza del idolatrado músculo industrial norteamericano, y da cuenta de los simposios, reuniones y conferencias en las que se ha debatido (y se debate) la cuestión de la integración, donde la lucha contra “el espíritu nacionalista” es capital. Combate el proteccionismo económico. En todo ello sobrevuela un eco determinista, de signo claramente evolutivo, como si la federación de las naciones fuese un paso inevitable en el destino de las agregaciones humanas,<sup>27</sup> tal y como ya vimos en Einaudi. Herriot toma como referencia la propuesta del Presidente del Consejo de Ministros (así se denominaba al Primer Ministro en la Tercera República), Aristide Briand, formulada como hemos visto ya en el marco de la Asamblea de la Sociedad de las Naciones el 5 de Septiembre de 1929 en Ginebra. Briand pedía centrarse en las cuestiones políticas antes que en los detalles técnicos y consideraba la necesidad de “una especie de lazo federal” que permitiese una asociación de signo económico, político y social “sin tocar a la soberanía de ninguna de las naciones que pudieran formar de tal asociación”. La intervención de Briand en Ginebra permite a Herriot dar cuenta del debate del momento, así como de las diferentes reacciones, desde la prensa escrita hasta otros estadistas, abogando en todo momento por un planteamiento nítidamente cartesiano.<sup>28</sup> No ignora las consecuencias de la crisis de 1929, aún reciente mientras redacta su trabajo y tiene muy claro que “el establecimiento de un lazo monetario debe contribuir poderosamente a la institución de la Federación Europea”. Entiende que la inestabilidad monetaria y financiera precisa de una moneda sana y, siempre a rebufo del memorándum de Aristide Briand, recuerda la necesidad de “luchar contra las desigualdades demasiado fuertes en el pago de los salarios o el suministro de los capitales”. El mensaje es claro: más seguridad, menos nacionalismo.

26 “La lógica de la geografía y la historia nos llevan fatalmente a la unión”. HERRIOT, 1930, p. 174.

27 “En todo el viejo continente se alzan hombres para proclamar que la unión de Europa no hará más que prolongar la evolución histórica señalada por el paso del clan a la ciudad, de la ciudad a la provincia, de la provincia a la nación”. HERRIOT, 1930, p. 47.

28 “Para guiar un estudio sobre la organización de la Federación europea, no se descubrirá nada más útil que los preceptos enunciados en el *Discurso del método*”. HERRIOT, 1930, p. 57.

En este punto, conviene centrar la reflexión y hacer un necesario inciso. La llegada al poder del partido nazi en 1933 debilitó dramáticamente la posibilidad de integración europea que, no obstante, ya había sufrido un serio revés con la llegada a la cancillería del ultraconservador católico Heinrich Brüning en Marzo de 1930. Nos cuenta Antoni Domènech en su narración sobre los últimos coletazos de la República de Weimar que “a partir de 1930, ninguna mayoría capaz de gobernar en coalición fue ya posible en el Reichstag” de modo que “el presidente, no pudiendo formarse mayorías gobernantes en la cámara, quedaba facultado para elegir al canciller a su gusto”. El Presidente procedía y el canciller elegido disponía de un limitado periodo de tiempo antes de convocar nuevas elecciones a la busca de una mayoría que, por fin, permitiese formar gobierno. No fue posible, de modo que en apenas dos años el cargo de canciller pasó por diversas manos. Este complicado escenario estaba fuertemente condicionado por el apoyo de los grandes gigantes de la industria y la banca alemana al partido nacionalsocialista. Como recuerda Domènech citando a Hallgarten, “buena parte” de los grandes poderes económicos y financieros alemanes “preferían todavía en 1932 lo que (Hallgarten) llamó un «fascismo controlado». Luego vino la deriva totalitaria, cuando Hitler decidió “aventurarse por la senda del fenómeno político”, es decir, “no iba a ser un fácil fideicomisario” de los intereses económicos y financieros “ni ellos los tranquilos fideicomitentes del militarote de turno”. Hitler seguiría el ejemplo marcado nítidamente por Mussolini, padre putativo de lo que se puede calificar como “dictadura de tipo cesarista, cuyo fundamento es la delegación absoluta, no condicionada, del poder”. Lo que a nosotros nos interesa ahora es que el propio Brüning, en sus memorias, tal y como puntualiza Domènech, aseguraba que “Hitler habría recibido también, a través de la banca suiza, importantes sumas de dinero procedentes de la gran industria armamentística francesa; tal vez también de la americana y de la inglesa” que, siempre según Brüning, sabotearon la Conferencia Internacional para el Desarme de Ginebra en 1932 (que buscaba limitar el rearme alemán) “para evitar el desarme en paralelo que la conferencia preveía para las otras potencias”.<sup>29</sup> De hecho, podemos hablar de un gobierno mundial paralelo de la gran banca y la gran industria ya en aquella época, insensible a todo lo que no estuviese relacionado con sus beneficios y/o ganancias.<sup>30</sup>

Pues bien, el primero de Mayo de 1930, tras una petición de los veintisiete Estados europeos miembros de la Sociedad de las Naciones, Briand presentó un memorándum<sup>31</sup> en el que desarrollaba su idea de una Europa federal ya expuesta en el famoso discurso de unos meses antes en Ginebra. Hewitson recuerda cómo

29 DOMÈNECH, Antoni, *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona: Crítica, 2004, pp. 344-348.

30 Son conocidas las estrechas relaciones entre la gran industria alemana y el régimen nazi. Como nos cuenta el historiador Jacques R. Pauwels, “empresas importantes alemanas establecieron factorías y laboratorios cerca de los campos de concentración y exterminio (...) y por una modesta aportación financiera a las SS se les permitía utilizar a los presos como esclavos y en algunos casos como cobayas humanas en vivisecciones”. Al acabar la guerra, tras los procesos de Núremberg, se organizaron una serie de juicios “sólo por los americanos” donde “los industriales y banqueros con conexiones nazis fueron tratados con guantes de seda y frecuentemente absueltos”. Los estadounidenses estaban interesados en la tecnología y los avances científico-técnicos cosechados por el régimen nazi, de modo que amnistiaron y se llevaron consigo a numerosos científicos y militares que habían cometido gravísimos crímenes durante la guerra. Las grandes firmas norteamericanas se beneficiaron de lo que se ha conocido como “reparaciones intelectuales” y es que, como apunta Pauwels como *leit motiv* último, “la magnanimidad de los americanos también se debió al hecho de que empresas como Standard Oil (...) General Motors, IBM e ITT mantenían íntimas y altamente rentables relaciones con muchas firmas alemanas, antes, durante y después de la guerra”. PAUWELS, Jacques R., *El mito de la guerra buena. EEUU en la Segunda Guerra Mundial*, José Sastre, trad., Hondarribia: Hiru, 2004, pp. 221-224.

31 *Mémorandum sur l'organisation d'un régime d'union fédérale européenne*, Paris, le 1<sup>er</sup> mai 1930. Fotocopia del original accesible en el siguiente enlace: <http://www.wdl.org/en/item/11583/>

en Alemania se recibió el memorándum de Briand y, tal y como explica, “el gobierno de Brüning había decidido llevar la era Locarno de Gustav Stresemann a su fin”.<sup>32</sup> La política internacional en relación a su país, por boca del entonces ministro de Asuntos Exteriores alemán en un discurso en la universidad de Heidelberg en Mayo de 1928, debía centrarse en “asegurar una Alemania libre con igualdad de derechos así como su inclusión junto al resto de Estados en una estructura internacional estable”. En Francia, en el Quai d’Orsay,<sup>33</sup> se asentía ante el discurso de Stresemann, cuyo fallecimiento apenas un año después, provocó una conmoción. En Francia, como en buena parte de Europa, había entonces un amplio consenso acerca de la necesidad de acercar posturas con Alemania, “incluso si eso implicaba una modificación del Tratado de Versalles”, que sin duda había llevado a una arriesgada atomización del mapa político europeo. Por todo ello se consideraba entonces capital alcanzar un acuerdo económico con Alemania como base para un posterior acuerdo político, tal y como defendían Briand, Stresemann y buena parte de quienes eran capaces de hacer escuchar su voz.<sup>34</sup> A pesar de las diversas connotaciones que el término federal tenía, Briand defendía sin ambages el establecimiento de una estructura confederal de Estados. Stresemann, que siempre “había estado interesado en la integración económica de Europa, como antiguo portavoz del gran empresariado alemán”, muy preocupado por los intereses nacionales de su país, respondió positivamente al proyecto de Briand, calificándolo como una gran idea. Era consciente de los peligros que se cernían sobre el viejo continente en caso de una nueva deriva bélica y se esforzó durante años por “convencer a los partidos que participaban o apoyaban a los diferentes gobiernos de coalición” alemanes. El sistema de seguridad europea edificado en Locarno, que Briand había llevado un paso más allá con su intervención en Ginebra y el posterior memorándum, fue torpedeado por cuestiones internas alemanas.

## El nacimiento del “mercado común”

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y la victoria aliada, llegó el turno de enfrentarse a la soñada integración, tantos años esperada. En los primeros años se produjo una disputa entre dos sectores perfectamente diferenciados. Como testimonia Pierre-Olivier Lapié, Miembro de la Alta Autoridad de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), estaban por un lado los funcionalistas o funcionales, que eran “partidarios de fundaciones sucesivas de órganos económicos que fueran un día coronados por una institución política a consecuencia de una evolución natural” (precederían o serían el embrión de aquellos que Perry Anderson ha ubicado en el marco de la corriente neo-funcionalista). Por otro lado, estaban los institucionales, que “deseaban urgentemente instituciones políticas”. El 28 de enero de 1949 nació en Londres el Consejo de Europa, formado por un comité de ministros y una asamblea consultiva. Se aproximaba por tanto “la visión de una Europa política”.<sup>35</sup> Se quisieron poner en marcha una serie de

32 Gustav Stresemann, como ministro de Asuntos Exteriores, representó a Alemania en las reuniones celebradas junto a los representantes de Francia (Aristide Briand) y Gran Bretaña (Joseph Austen Chamberlain), entre otros, en la ciudad suiza de Locarno en Octubre de 1925, donde se firmaron una serie de acuerdos bilaterales y multilaterales que pretendían reforzar la paz en el continente.

33 Sede del Ministerio de Asuntos Exteriores francés.

34 “Briand had been unequivocal in asserting that ‘the association will act chiefly in the economic domain: it is the most pressing question’”. HEWITSON, in HEWITSON & D’AURIA, 2012, p. 24. Briand insistió en la idea cuando hablaba de “the necessary subordination of the economic to the political”. HEWITSON, in HEWITSON & D’AURIA, 2012, p. 25.

35 LAPIÉ, Pierre-Olivier, *Las tres comunidades europeas (La CECA – El Mercado Común – El Euratom)*, José M<sup>a</sup> Castán Vázquez, trad., Barcelona: Bosch, 1963, pp. 38-40.

estructuras (Asamblea de representantes, Asamblea de ministros y Consejo europeo) pero los diferentes gobiernos nacionales dieron marcha atrás y el intento de implementar una Europa política no prosperó. Los institucionales habían perdido. Los acontecimientos posteriores, con la publicación de la declaración formal por parte de Robert Schuman el 9 de Mayo de 1950, daban paso a un proceso claramente posicionado dentro de los márgenes deseados por los funcionalistas.

En 1960 Lapié detalla las estructuras y el funcionamiento de “tres comunidades”, lo que podríamos considerar como tres momentos que habían sellado durante la década anterior los pilares fundamentales del proyecto de integración que ha llegado hasta nuestros días como Unión Europea. En primer lugar, la Comunidad Económica del Carbón y el Acero (CECA), surgida del Plan Schuman (1950), el Mercado Común o Comunidad Económica Europea (CEE), nacida del fracaso de la Comunidad Europea de Defensa (CED) aunque posteriormente reactivada por la Conferencia de Mesina en Junio de 1955 y finalmente formalizada mediante el Tratado de Roma en Marzo de 1957 y, finalmente, el EURATOM o Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEA), cuyo Tratado fue firmado al mismo tiempo que el correspondiente al tratado del Mercado Común, en Roma, en Marzo de 1957. Durante esos primeros años, el proceso de integración se había dotado de una serie de mecanismos institucionales comunes: el Tribunal de Justicia, la Asamblea Parlamentaria Europea, el Consejo de Ministros, los Comités consultivos y, como enlaces entre las Comunidades, grupos de trabajo inter-ejecutivos y una administración internacional. De alguna manera esto es lo que dejaron los llamados padres fundadores, entre quienes destacaremos a Jean Monnet y Robert Schuman.

Jean Monnet, empresario y, como él mismo reconoce, diplomático accidental, considerado padre de Europa o arquitecto de la integración europea merece un lugar destacado en este repaso. Mucho más si tenemos en cuenta su participación en todos los escenarios en los que la llamada “alta política” fue protagonista entre la Primera Guerra Mundial y los inicios de la integración europea, tras la puesta en funcionamiento de la CECA, en primer lugar, y la posterior firma del Tratado de Roma después. Si de algo podía presumir Monnet era de su terca insistencia y lucha en la unidad de acción. Lo demostró en Junio 1940, cuando insistió sin miramientos en la unión de Francia y Gran Bretaña como clave para vencer a los alemanes, pero lo había venido postulando desde la Gran Guerra y lo siguió haciendo hasta sus últimos días. En sus memorias<sup>36</sup> recuerda con frecuencia al peligro de los nacionalismos, aludiendo en más de una ocasión a la “creencia mística en la soberanía nacional”. Monnet albergaba la esperanza de que aquel proyecto de obra, finalmente fallido hasta los años 50 pero entonces coartado por el clima bélico y la necesidad estratégico-militar, en principio coyuntural, sirviera de acicate para una integración a nivel europeo. Así, en representación de los intereses franceses abogaba por la “Unión Franco-británica”, sin olvidar la llamada a los EEUU para que potenciasen su ayuda mediante recursos económicos. Todavía no contemplaba “ningún proyecto federalista”, pero el propio Monnet tenía claro que “cuando los pueblos se ven amenazados por un mismo peligro no se pueden tratar por separado los distintos intereses que concurren en su destino”.<sup>37</sup>

Por ejemplo, la posición francesa tras el fin de la Gran Guerra a favor de la llamada “paz de organización” (opuesta al libre albedrío del mercado defendido desde el lado anglosajón), pretendía agarrarse al último punto planteado por

36 MONNET, Jean, *Memorias*, José M. Martínez García, trad., Madrid: Siglo XXI, 1985.

37 MONNET, 1985, pp. 12-20.

Wilson en su famosa lista de los catorce puntos, y que ya vimos con anterioridad, aquel en el que pedía el establecimiento de una asociación de naciones. Wilson, a pesar de su liberalismo doctrinario, a pesar de que su propuesta de sociedad de naciones no pasaba de ser una mera confederación, lejos del federalismo defendido por la parte francesa, estaba sometido a fuertes presiones e “intrigas que en Washington se tejían contra su política europea”. Sobre la Sociedad de Naciones, cuyo pacto fundacional fue suscrito en París, impulsado personalmente por Wilson, Monnet recuerda que “sus fundadores se habían guardado muy mucho de crear una auténtica autoridad independiente de los Estados”, de modo que entonces no se buscaba “la solución de los problemas internacionales en términos de delegación de soberanía”, algo que chocaba con su defensa del interés general como referente en lugar del interés propio. Las deficiencias detectadas por Monnet, según él y en contra del parecer de Clemenceau (defensor de las posiciones más duras e intransigentes con Alemania), se manifestaron claramente en el Tratado de Versalles, “fundado en la discriminación”, y es que “una paz de desigualdad no podía producir nada bueno”. Wilson mismo había defendido la “limitación de la deuda alemana”, pero en su contra jugaba la opinión pública de su propio país y el todavía liderazgo mundial de Gran Bretaña y Francia, pues “el viejo continente aún era el centro del mundo”.<sup>38</sup>

En cuanto a Schuman, desde su puesto de Ministro de Asuntos Exteriores francés entre 1948 y 1952 tuvo un protagonismo indiscutible en el nacimiento de la CECA. En sus escritos sobre aquellos intensos años, Schuman recuerda que siempre se guió “en favor de una Europa unida”, devaluando las fronteras antes que borrándolas, a favor de “la libre circulación de ideas y de hombres entre los países europeos”. Su proyecto supranacional descansaría sobre bases nacionales, es decir, antes que crear un gran Estado abogaba por “una unión, unas cohesión, una coordinación”. El nacionalismo, como sucede a todos aquellos que significaron algo en el proceso de construcción europea, se veía como un obstáculo a superar pues, como todas las personas de su generación, dos guerras mundiales le habían marcado. En su discurso sobrevuela un sentimiento de lección aprendida pero camina por los lugares comunes de la época: anti-comunismo, anti-nacionalismo y libre mercado. Su discurso contiene una matización relevante en torno al patriotismo, “ese noble sentimiento que ha forjado las naciones y que les ha propuesto y permitido llevar a cabo tareas magníficas, a menudo se ha desviado y ha degenerado en fanatismo intolerante”. Se muestra convencido de la necesidad de defensa del bien común, por encima de la patria, que no desdeña, y aboga por la interdependencia como marco político sobre el que perseverar. Su discurso está impregnado por sus creencias religiosas, con la “fraternidad cristiana” muy presente. Defiende una democracia en sentido cristiano, pues ésta no es intrínsecamente republicana, aunque acepta la monarquía constitucional. Aún va más lejos, afirmando que “la democracia debe su existencia al cristianismo”, que Europa no ha improvisado, pues “ha empleado más de mil años (...) en elaborarla”, y ambos son inseparables, pues la dignidad del hombre, la libertad individual y sus derechos nunca fueron defendidos, pensados o formulados antes de Cristo. Considera como primera constitución democrática la de los EEUU, referente ineludible, entre otras cosas porque “la idea religiosa es un factor oficialmente reconocido de la vida pública americana”. Concibe la democracia como “una creación continua”,<sup>39</sup> y el programa en el que entonces trabajaba, la construcción de

38 MONNET, 1985, pp. 69-87.

39 SCHUMAN, Robert, *Por Europa*, Lidia Kraemer, trad., Madrid: Encuentro, 2006, pp. 22-47.

Europa, daba pleno sentido a dicha idea. La unión económica no servirá de nada si no se potencia la unión política. Schuman recapitula para analizar el estado del proceso de integración, destacando los siguientes momentos:

1. En 1948, la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), instrumento creado a partir del Plan Marshall para administrar las ayudas de éste. A partir de 1965, reformada y dedicada a objetivos de coordinación económica y social, pasó a denominarse Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). La OECE, al contrario que el mercado común, preconizaba un sistema de libre intercambio absoluto.
2. En 1950, el Consejo de Europa, con una asamblea en Estrasburgo, está formada por un comité de ministros que actúa de forma meramente consultiva.
3. Entre 1950 y 1952, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), asociación ofrecida “a Alemania y a los otros países (...) por un periodo de 50 años”, lanzada el 9 de Mayo de 1950 (Plan Schuman) y operativa desde el 10 de Agosto de 1952.
4. En 1952, la Comunidad Europea de Defensa (CED), firmada por los 6 países del CECA, aunque en 1954, con Francia e Italia pendientes de ratificación, el tratado fue rechazado por el Parlamento francés, sin duda por miedo a que su soberanía se viese afectada, además de las reservas ante el rearme alemán. El fracaso de esta iniciativa terminó por canalizarse integrando a los alemanes (RFA) y a Italia en el marco del Tratado de Bruselas de 1948 (junto a Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) y, por tanto, en la OTAN. Este punto se ajustaba milimétricamente a la Doctrina Truman, que analizaremos enseguida.
5. En 1957, el Tratado de Roma, que abre las puertas a la Comunidad Económica Europea (CEE).

La insistencia de Schuman en la necesidad de una integración política, de la potenciación del marco democrático y de la búsqueda de la interdependencia es infatigable. Se muestra muy crítico con la burocratización de las estructuras (habla de “anquilosamiento administrativo”) y reflexiona ampliamente sobre el significado y las posibilidades de una organización federal. Para él, “la cuestión que se plantea es saber si una comunidad mundial es realizable y en qué medida”, bien en el marco de la Sociedad de Naciones o de la ONU, pero buscando el ideal de “paz mundial”. Sugiere el establecimiento de una vecindad duradera con el bloque soviético, aunque la responsabilidad de la división corresponde a la URSS por su falta de espíritu constructivo, sin olvidar la “guerra fría que ha concebido” y es que, para Schuman, la URSS “trata de obstruir cualquier esfuerzo de integración” pues “lo que desea es mantener a merced suya una Europa dividida y debilitada”.<sup>40</sup>

## El papel de los EEUU

Josep Fontana ha incidido en la gran preocupación que, tras la Segunda Guerra Mundial, sentían los EEUU en relación a Europa, pues eran testigos del desastre social y humanitario en el que se hallaba sumido el viejo continente. Hasta 1947 estuvo funcionando la *United Nations Relief and Rehabilitation Administration* (UNRRA), que sirvió para solucionar las primeras y más urgentes necesidades humanitarias, pero tras el frío invierno de 1946-1947 “el hambre comenzó a hacer estragos en Francia, Italia y Alemania”. Mientras tanto, los miedos en EEUU se habían exacerbado. Temían la pérdida de un comprador fundamental y la expansión del comunismo. El Plan Marshall, sucesor de la UNRRA, debía servir, según Fontana, para eliminar la influencia de los partidos comunistas y abrir

los mercados a los productos norteamericanos. Según Eric Hobsbawm, el Plan Marshall consistió en unas transferencias a fondo perdido antes que en verdaderos créditos. De hecho, el crecimiento económico europeo no se debió principalmente a dicho plan, pues en Gran Bretaña, que es donde se aplicó con mayor intensidad se creció menos que en la Europa continental. El Plan Marshall, por tanto, tenía como primer foco de interés objetivos políticos muy relacionados con la Doctrina Truman.<sup>41</sup> El proceso de construcción europea pretendía ayudar a la recuperación económica e integración de Alemania Occidental.<sup>42</sup> Este punto de vista, de hecho, hervía en las más altas instancias de los EEUU, donde estaba muy claro que Alemania era la clave.<sup>43</sup> El Plan Marshall, al fin y al cabo, se gestó en EEUU y, en este sentido, 1947 fue un año determinante. Alan S. Milward empezaba su importante libro sobre este periodo en 1947, año de inicio del Plan Marshall en el que “tanto la ayuda económica como la reconstrucción parecían haber fracasado en la consecución de un tratado de paz con Alemania”, además de la incapacidad de las economías de Europa occidental de funcionar sin la ayuda norteamericana. Las inversiones necesarias eran enormes, pues el grado de destrucción de la Segunda Guerra mundial fue ostensiblemente superior al a la Primera. Más allá de los intereses políticos, indudables, la ayuda era necesaria y, según Milward, hay cierto consenso en considerar la ayuda de los EEUU como fundamental en la recuperación del viejo continente. El descontento creciente, según no pocas voces, amenazaba incluso al capitalismo europeo. No podemos pasar esto por alto. Milward reconoce la dificultad (*hardly to be expected*) de que “las solicitudes de ayuda procedentes de Francia e Italia, donde los partidos comunistas tenían una poderosa fuerza electoral”, no vinieran acompañadas de la exigencia de mantenerlos alejados de los gobiernos respectivos si querían seguir recibiendo ayuda. De ahí que Milward reconozca que “el Plan Marshall fue principalmente diseñado para objetivos políticos”.<sup>44</sup> Para Milward, la influencia económica y política del Plan Marshall van de la mano y si en el terreno económico no fue tan importante como muchos afirman, entonces tampoco lo fue en el terreno político. Milward introduce por primera vez la idea de los EEUU como país acreedor en el marco económico de la segunda mitad del s. XX.<sup>45</sup> Esta idea la ha popularizado recientemente el

41 Eliminación de comunistas en gobiernos occidentales, marginación de los socialistas, impulso de la unión de naciones europeas, lo que permitiría ingresar a Alemania en el bloque defensivo occidental, creación de la OCDE, que junto al ingreso de Alemania en el bloque defensivo occidental forma parte de una política de coordinación internacional. Toda la documentación está disponible en la Biblioteca Truman (en inglés). Accesible en este enlace: [http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study\\_collections/doctrine/large/index.php](http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/doctrine/large/index.php). La Doctrina como tal fue formulada por vez primera en un discurso del Presidente ante el Congreso estadounidense el 12 de Marzo de 1947, en relación a la situación en Grecia y en Turquía. Entre otras cosas dijo que “La misma existencia del Estado griego está hoy amenazada por las actividades terroristas de varios miles de Hombres armados, liderados por los Comunistas” o que “Las semillas de los regímenes totalitarios se nutren de la miseria y la necesidad. Se extienden y crecen en el maligno suelo de la pobreza y los conflictos. Llegan a su pleno crecimiento cuando la esperanza del pueblo por una vida mejor ha muerto”. *Address of the President to Congress, Recommending Assistance to Greece and Turkey*, 80th Congress, 1st Session, Document No. 171, pp. 2-5.

42 FONTANA Josep, *Por el bien del imperio*, Barcelona: Pasado & Presente, 2011, pp. 68-72.

43 “There is only one path to recovery in Europe. That is production. The whole economy of Europe is interlinked with the German economy through the Exchange of raw materials and manufactured goods. The productivity of Europe cannot be restored without the restoration of Germany as a contributor to that productivity”. Herbert Hoover (ex presidente de los EEUU), cita procedente de Joseph Marion Jones, *The Fifteen Weeks*, New York: Harbinger, 1964, pp. 199-201, en MAYNE, Richard, *The recovery of Europe 1945-1973*, New York: Anchor/Doubleday, 1973, p. 121.

44 MILWARD, Alan S., *The Reconstruction of Western Europe 1945-51*, Londres: Methuen & Company, 1984, pp. 1-5.

45 “No puede afirmarse, salvo que se haga retrospectivamente, que el Plan Marshall marcó la aceptación por parte de los EEUU de que, debido a que sus intereses reales pasan por la creación de un sistema de

reputado economista y ex ministro de finanzas griego, Yanis Varoufakis que, con mayor capacidad retrospectiva afirma que “el Plan Marshall (pretendía) dolarizar Europa y rehabilitar Alemania”, es decir, “salvar el capitalismo global de una Crisis futura como la de 1929”,<sup>46</sup> algo que Varoufakis deduce de algunas expresiones utilizadas por el Secretario de Estado George Marshall en su famoso discurso del 5 de Junio de 1947, como: “el moderno sistema de la división del trabajo en que se basa el intercambio de productos corre peligro de derrumbarse”.<sup>47</sup> Varoufakis recuerda a varios defensores del *New Deal*, como Henry Wallace o a importantes académicos de aquella generación como Paul Sweezy y John Kenneth Galbraith, que “rechazaron las tácticas de la Guerra Fría de Truman”. Según Varoufakis, el propio Wallace, defensor del entendimiento entre EEUU y la URSS, afirmaba que “las condiciones vinculadas a la invitación a la Unión Soviética a formar parte del Plan Marshall se habían diseñado a propósito para que Stalin se viese forzado a rechazarlas (cosa que, por supuesto, hizo)”. El Plan Marshall, que fundamentó sus objetivos en el restablecimiento de la competitividad de la industria alemana como base de la política de integración diseñada, “puede considerarse como el progenitor de la Unión Europea (UE) de hoy”. El impulso de la industria alemana, acompañado de una moneda fuerte (el marco) a nivel europeo (algo que no agradó a Francia pero que debió aceptar por imposición norteamericana), formaba parte del impulso que fomentaba el Plan Marshall, “piedra angular del Plan Global” de EEUU.<sup>48, 49</sup> Y es que tras el crack de 1929 la crisis amenazaba con alargarse de forma inquietante. Fue la Segunda Guerra Mundial la que permitió a la economía estadounidense reactivarse, recuperar la productividad, la innovación, la capacidad de echar a andar a un ritmo vertiginoso. El final del conflicto llevó a la economía norteamericana a un escenario de incertidumbre en relación a sus excedentes. “El efecto de la victoria en 1945 sobre la moral norteamericana fue tan catastrófico como lo había sido sobre la moral inglesa en 1918. Bajo la constante presión del Congreso, la gran fábrica de la economía de guerra norteamericana fue desmantelada, y las fuerzas armadas fueron desmovilizadas”.<sup>50</sup> Así pues, la necesidad de imponer su modelo de democracia liberal tras la Segunda Guerra Mundial, el inicio de la Guerra Fría, que volvió a estimular su industria militar, y una nueva perspectiva económica (Plan Global), sirvieron de ejes sobre los que empezar a edificar la nueva era. Mediante dicho Plan, “el dólar se convertiría de hecho en la moneda mundial y los EEUU exportarían bienes y capital a Europa y Japón a cambio de inversiones directas y clientelismo político, una hegemonía basada en la financiación directa de centros capitalistas extranjeros a cambio de un excedente comercial americano para ellos”.<sup>51</sup>

Desde un análisis puramente económico esto generaría desequilibrios. Robert Brenner ha puntualizado que “el rápido crecimiento económico estadounidense desde finales de la década de 1930 hasta finales de la siguiente obstaculizó

comercio mundial multilateral, deben actuar consecuentemente como país acreedor, reciclando dólares u oro en la economía internacional”. Traducción propia, MILWARD, 1984, p. 92.

46 VAROUFAKIS, Yanis, *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*, Carlos Valdés y Celia Recarey, trad., Madrid: Capitán Swing, 2012, p. 106.

47 “This division of labour is the basis of modern civilization. At the present time it is threatened with breakdown”. George Marshall, Discurso en Harvard, 5 de Junio de 1947. Disponible en <http://marshallfoundation.org/marshall/the-marshall-plan/marshall-plan-speech/>.

48 VAROUFAKIS, 2012, pp. 107-109.

49 “Germany became the clearest barometer for the emerging Cold War”. ARKES, Hadley, *Bureaucrazy, the Marshall Plan and the National Interest*, New Jersey: Princeton University Press, 1972, p. 23.

50 CROSSMAN, R. H. S., *Biografía del Estado Moderno*, J. A. Fernández de Castro, trad., Madrid: FCE, 1981, p. 324.

51 VAROUFAKIS, 2012, p. 100.

la puesta en práctica de nuevas mejoras al dejar tras de sí gran cantidad de capital fijo capaz de disuadir de nuevas entradas e inversiones, al agotar la oferta de ciertos factores, como el trabajo excedente”. El mercado interno había sido ampliamente explotado por los fabricantes estadounidenses, “pero sus principales representantes, las grandes corporaciones industriales y bancos internacionales, entendieron, especialmente a raíz del boom inversor de la década de 1940, que a partir de entonces las mejores oportunidades de beneficio estarían en el extranjero, en la medida en que otras economías capitalistas avanzadas se reconstruían y expandían, pronto bajo un blindaje proteccionista”. La política económica federal, que motivada por la lucha contra el comunismo y a rebufo de los intereses del gran capital estadounidense se dedicó a potenciar las maltrechas economías de sus rivales, “inclinaría a medio plazo a sus industriales hacia el mercado interno, en notable desventaja con respecto a sus principales competidores al otro lado del océano”. Estados Unidos, especialmente tras los acuerdos de Breton Woods (1944) y con el dólar como referencia, “podía incurrir en un considerable déficit en la balanza de pagos”, lo que le llevaba a una situación en la que sus aliados/rivales económicos podían controlar “el acceso a mercancías y capitales en su mercado interno”. Como no interesaba que aquellos convirtieran sus dólares en oro, abrieron el mercado interno estadounidense a sus exportaciones, de modo que con el tiempo se produjo una “pérdida de competitividad de la industria estadounidense”,<sup>52</sup> pero esta historia, sin duda decisiva en el devenir de la segunda mitad del s. XX, escapa a los objetivos principales de este trabajo. Aquí nos interesa quedarnos con la idea del Plan Marshall como una herramienta en el engranaje que permitió a los EEUU diseñar un escenario a su medida tras la Segunda Guerra Mundial.

Josep Fontana nos habla también de la OTAN y aquí podríamos discutir si fue primero el huevo o la gallina, es decir si a partir de la OTAN eclosionó la Guerra Fría o si ésta requirió o exigió el nacimiento de aquélla, pero si algo es indudable es que no se explica una sin la otra y viceversa. Según el eminente historiador catalán 1947 fue en este sentido también un año determinante, pues en Julio se aprobaba la *National Security Act*, que reorganizaba la política exterior estadounidense y las estructuras militares del gobierno federal, unificando “los anteriores departamentos de Guerra y de Marina en un único departamento de defensa” e incluyendo la creación del Estado Mayor conjunto y el *National Security Council* (NSC), “que iba a convertirse en uno de los principales órganos asesores del presidente, hasta acabar suplantando en muchos asuntos al Departamento de Estado como órgano de definición de la política internacional”.<sup>53</sup> También en 1947 el presidente Truman aprobó la creación de la *Central Intelligence Agency* (CIA) y que, como quedó reflejado en el documento NSC 10/2 de 1948,<sup>54</sup> “su antiguo mandato inicial, que consistía en desempeñar «funciones y tareas relacionadas con la información que afecte a la seguridad nacional», se amplió (...) para incluir «medidas de sabotaje y contrasabotaje, demolición y evacuación [...] subversión [y] asistencia a movimientos de resistencia clandestinos, guerrillas y movimientos de liberación de refugiados, y apoyo a elementos anticomunistas autóctonos en países amenazados del mundo libre»”.<sup>55</sup> La CIA “pretendía reunir y potenciar los diversos servicios de inteligencia

52 BRENNER, Robert, *La economía de la turbulencia global*, Juanmari Madariaga, trad., Madrid: Akal, 2009, pp. 162-163.

53 FONTANA, 2011, pp. 72-73.

54 *National Security Council Directive on Office of Special Projects*, Washington, June 18, 1948. Disponible en <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1945-50Intel/d292>.

55 KINZER, Stephen, *Todos los hombres del Sha. Un golpe de Estado norteamericano y las raíces del terror en Oriente Próximo*, Ricard Martínez i Muntada, trad., Barcelona: Debate, 2005, pp. 124-125.

militar”, siempre fuera de los EEUU, territorio reservado para el FBI. Marshall temía que su Plan (*European Recovery Program*, ERP) “pudiera verse perjudicado si se descubría que el Departamento de Estado (que él dirigía) patrocinaba operaciones encubiertas”,<sup>56</sup> de modo que mediante el documento NSC 4/A transfirió éstas a la CIA.<sup>57</sup> Otro elemento clave fue el documento redactado por el NSC en Enero de 1950, “conocido como NSC-68, que sostenía la necesidad de que EEUU hiciera frente a los movimientos comunistas (...) dondquiera que aparecieran”.<sup>58</sup> La primera actuación digna de mención de la CIA, muy activa desde su creación, se produjo en Italia, en las elecciones de Abril de 1948 y ante el empuje del Partido Comunista. Mediante el primer documento de la NSC (1/1), del 14 de Noviembre de 1947, se “recomendaba la ayuda a los demócrata-cristianos y un programa de propaganda y de guerra psicológica contra los comunistas, financiado con fondos ocultos, para lo que se «lavaron» 10 millones de dólares de fondos capturados el Eje”. Los estadounidenses podían participar, deduciendo de sus impuestos las donaciones a “organizaciones creadas por la CIA, que los transferían a su vez a los políticos de la Democracia Cristiana y a clérigos de Acción Católica”. La operación vino acompañada del entendimiento entre el presidente Truman y el papa Pío XII. Así, “en Julio de 1949 se publicó un decreto del Santo Oficio que excomulgaba a quienes defendieran la «doctrina comunista, materialista o anticristiana»; un gesto de firmeza que nunca empleó este mismo papa frente al fascismo y al nazismo”.<sup>59</sup>

En este clima febrilmente anticomunista, “algunos (...) destacados diplomáticos de Europa Occidental creían que la creciente colaboración entre Europa y Estados Unidos debía fundamentarse en un acuerdo de seguridad transatlántico. Con este propósito, el antiguo líder sindicalista (Ernest Bevin) se convirtió en el primer impulsor del Pacto de Bruselas de Abril de 1948”.<sup>60</sup> El uso de las armas nucleares constituía un elemento de presión que EEUU reguló a partir de Septiembre de 1948 mediante el documento NSC 30,<sup>61</sup> donde se “autorizaba a los militares a planificar su uso”,<sup>62</sup> aunque se “dejaba la autorización de su empleo

56 FONTANA, 2011, p. 73.

57 The National Security Council, taking cognizance of the vicious psychological efforts of the USSR, its satellite countries and Communist groups to discredit and defeat the aims and activities of the United States and other Western powers, has determined that, in the interests of world peace and U.S. national security, the foreign information activities of the U.S. Government must be supplemented by covert psychological operations. The similarity of operational methods involved in covert psychological and intelligence activities and the need to ensure their secrecy and obviate costly duplication renders the Central Intelligence Agency the logical agency to conduct such operations”. *Memorandum From the Executive Secretary of the National Security Council (Souers) to Director of Central Intelligence Hillenkoetter*, Washington, 17 de December de 1947. Disponible en <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1945-50Intel/d257>.

58 KINZER, 2005, p. 125. “The assault on free institutions is world-wide now, and in the context of the present polarization of power a defeat of free institutions anywhere is a defeat everywhere”. *United States Objectives and Programs for National Security*, Washington, 14 de April de 1950. Disponible en <http://fas.org/irp/offdocs/nsc-hst/nsc-68.htm>.

59 FONTANA, 2011, pp. 74-76.

60 MCMAHON, Robert J., *La Guerra Fría. Una breve introducción*, Carmen Criado, trad., Madrid: Alianza, 2009, p. 63.

61 FRUS, 1948, I, pp. 625-628. “It is recognized that, in the event of hostilities, the National Military Establishment must be ready to utilize promptly and effectively all appropriate means available, including atomic weapons, in the interest of national security and must therefore plan accordingly. The decision as to the employment of atomic weapons in the event of war is to be made by the Chief Executive when he considers such decision to be required”. Disponible en este enlace: <http://images.library.wisc.edu/FRUS/EFacs/1948v01p2/reference/frus.frus1948v01p2.i0007.pdf>.

62 En una nota añade Fontana que “por estas fechas habían planificado un ataque de 30 días contra 70 ciudades soviéticas, empleando 133 bombas atómicas, con las que se esperaba una reducción del 30 al 40 por ciento de la producción industrial soviética y la muerte de 2,7 millones de personas. En años posteriores las cifras del *overkill* aumentarían espectacularmente. En 1951 las muertes previstas en la URSS y en China ascenían ya a 285 millones”.

exclusivamente en manos del presidente”. EEUU pretendió organizar unilateralmente la estructura política de la futura RFA, lo que llevó a los soviéticos a un bloqueo de Berlín, muy laxo como cuenta Josep Fontana, pero que planteaba o dibujaba “la posibilidad de una confrontación armada”. Las conversaciones entre EEUU y sus socios europeos, desembocaron “el 4 de Abril de 1949” en la firma del “acuerdo constitutivo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte”.<sup>63</sup>

## Recapitulación: libre comercio, federalismo y anticomunismo.

La radiografía que hemos elaborado para tratar de entender el proceso en el que se pensó, se diseñó y se implementó la integración europea tras la “guerra de los 30 años” o el periodo que podríamos circunscribir al primer tercio del “corto s. XX” según la delimitación propuesta por Eric Hobsbawm, se caracteriza por una serie de constantes, ideas, propuestas, pensamientos y realidades políticas que ahora trataremos de condensar brevemente.

Para empezar, mirando de nuevo a quienes pensaron la integración europea a partir de la Primera Guerra Mundial, hemos detectado ecos deterministas, de signo claramente evolutivo o darwinista (Édouard Herriot). El proyecto paneuropeo debe ser entendido como la respuesta a dos guerras mundiales y a una severa crisis económico-financiera que dejaron a Europa asolada en un periodo relativamente breve. La guerra y la correspondiente necesidad de acuerdos políticos se convirtieron en una especie de laboratorio del proyecto federal, algo que vimos con claridad en la figura de Jean Monnet.<sup>64</sup> No olvidemos la respuesta o reacción a favor de la integración a/tras la crisis de 1929, que de alguna manera anuncia o deja entrever el germen de lo que más adelante sería el proyecto de una moneda común.<sup>65</sup> También influye de forma determinante en el proceso de integración el avance de las tecnologías, especialmente las de la comunicación, algo que Édouard Herriot analizó profusamente en su libro sobre los Estados Unidos de Europa. Otro factor a destacar es el cristiano, fundamental en el relato de los llamados “padres de Europa”, especialmente y como ya vimos en Schuman, aunque semejante cosmovisión ya sobrevolaba las reflexiones de Coudenhove-Kalergi.

Destaca de forma especial la defensa de una economía desregulada en la naciente globalización, siempre a favor de la iniciativa privada. Es decir, se está defendiendo, por parte de los “padres fundadores” y de quienes hacían oír su voz y/o regían los destinos de aquella Europa de entreguerras, las bases del futuro neoliberalismo. Coudenhove-Kalergi criticaba la supeditación de la economía a la política en las negociaciones tras la Primera Guerra Mundial. En el terreno económico el consenso parece claro y las conexiones entre las distintas visiones de Europa fluyen con cierta facilidad. Así, en Italia, por ejemplo, encontramos a federalistas convencidos como Agnelli apoyando a los defensores del libre comercio y el fin del proteccionismo, coincidiendo todos ellos con los planteamientos del

63 FONTANA, 2011, p. 81.

64 “Unir dos pueblos es una idea sencilla a la que la conciencia se resiste en tiempo normales, pero que una necesidad extrema hace ver como deseable: es cuestión de horas”. MONNET, 1985, p. 132.

65 “El establecimiento de un lazo monetario debe contribuir poderosamente a la institución de la Federación europea. (...) Las inflaciones, las crisis monetarias, las convulsiones que han provocado, han mostrado la importancia de un tipo estable de los valores, la necesidad de una moneda sana; antes de llegar a un orden económico que permita la libre circulación de las mercancías, es preciso asegurar la libre circulación de los capitales. Para ensanchar y coordinar los estrechos mercados entre los que se fracciona hoy la actividad de Europa, para rebajar las fronteras aduaneras, es necesario poder vender ampliamente, como hacen los Estados Unidos”. HERRIOT, 1930, p. 210.

régimen fascista de Mussolini. Ciertamente es que mientras se critica el proteccionismo se defienden las ententes y los cárteles frente a la “concurrentia americana”, que encuentra tantos adeptos como detractores en aquellos años. Tras la Gran Guerra, el conflicto de intereses saltaba a la vista y las diferencias entre el modelo europeo y el norteamericano florecían. En este sentido, en aquellos años se produce un conflicto que enfrenta la internacionalización de la economía a la desprotección de los trabajadores, para lo que se entiende que un centro de decisión supranacional puede proteger a éstos eficientemente, como por ejemplo defendía Herriot. De alguna manera, se observa cierta candidez a la hora de valorar las posibilidades de control de las grandes empresas, cárteles o ententes de la época. Podríamos decir que nos hallamos ante los prolegómenos de una batalla entre dos visiones de la economía política que, previo paso por los pactos socializantes de postguerra a mitad de siglo, desembocó en una victoria apabullante de las tesis liberales o desreguladoras, cuyo cénit estamos viviendo en los inicios del s. XXI.

La nueva Europa, imaginada, pensada y defendida por aquellos hombres se entendió desde el primer día como un proyecto en el que Francia y Alemania debían entenderse por el bien del conjunto. Su alianza se consideró esencial, pues representaba el núcleo de la nueva Europa, por fin integrada. Aquí también estaríamos ante los primeros estertores de un conflicto que ha explotado en la Europa contemporánea, la de los pactos de estabilidad, la Constitución Europea y la contención dogmática del déficit. Nos referimos al modelo centro-periferia, que enfrenta a un centro desarrollado, acreedor de un sur empobrecido y sin capacidad de reacción frente a los dictados de Alemania. El proyecto de la Europa contemporánea, insertado en una lucha de marcado carácter inter-imperialista, se empezó a gestar hace ahora cien años. Se produce una dialéctica entre grandes bloques en el marco de una economía crecientemente globalizada. Así, Europa se ha ido edificando como un proyecto imperial caracterizado a nivel interno por ser un creciente conjunto de protectorados bajo dominio alemán y, como unidad, por ser una entidad sometida al dominio estadounidense. Todo esto nace en el periodo de entreguerras y empieza a consolidarse tras la Segunda Guerra Mundial, en buena medida gracias al proyecto de integración realmente puesto en práctica. Schuman seguía esta línea estratégica pues, según él, “frente a los bloques rivales, las rivalidades entre las naciones europeas las agotan”.<sup>66</sup>

Sin duda, el proyecto de integración europeo dominante, que aquí estamos abordando, contiene elementos inequívocamente kantianos. Aparecen en Einaudi, Coudenhove-Kalergi o Herriot, y cristalizaría en nuestros días en la figura de Jürgen Habermas, por quedarnos con la más representativa. Por ejemplo, Coudenhove-Kalergi pedía la apertura de “la vía a una colaboración internacional en servicio de la paz mundial”,<sup>67</sup> a la que vuelve a aludir cuando presenta a la Sociedad de Naciones como garante de la misma. Dicho proyecto, focaliza dicho universalismo mediante una disputa de fondo contra el Estado-nación, condición del proyecto federal europeo, es decir, la unión europea como plasmación real del ideal común paneuropeo. Se produce, por tanto, una tensión constante entre la necesidad de superar el Estado-nación y el miedo a la excesiva pérdida de soberanía.<sup>68</sup> Eso sí, en el marco del nacimiento de la Sociedad de Naciones,

66 SCHUMAN, 2006, p. 99.

67 COUDENHOVE-KALERGI, 2010, p. 57.

68 Aristide Briand proponía una suerte de federación sui generis, lejos de las propuestas que pretendían diluir la soberanía nacional: “Pienso que entre pueblos que están geográficamente agrupados, como los pueblos de Europa, debe existir una especie de lazo federal (...) sin tocar a la soberanía de ninguna de las naciones que pudieran formar parte de tal asociación”. Citado por HERRIOT, 1930, p. 51.

finalizando la Gran Guerra, la cesión de soberanía todavía no se planteaba, como constatamos con anterioridad. Ya vimos cómo Perry Anderson enfatizaba el papel de “la presión americana” en tiempos de Dean Acheson y John Foster Dulles. Este último, Secretario de Estado con Eisenhower entre 1953 y 1959, estaba obsesionado con el ideal federal de Hamilton, como vimos que sucedía en los casos de Agnelli, Cabiati y Einaudi. De hecho, “llegó al poder con la obsesión diluir a Francia en una Europa militarizada, dirigida por una institución supranacional bajo el mando de un general estadounidense en el marco de la OTAN”.<sup>69</sup> La anarquía internacional y la necesidad de ceder soberanía a una estructura supranacional se veía como eje ideológico fundamental entre quienes más luchaban contra el Estado-nación.<sup>70</sup> Pero no podemos olvidar que se estaba gestando o debatiendo acerca de una compleja búsqueda de equilibrios entre lo que sería una amplia autonomía interna y una federación tan extensa como fuese posible a nivel externo. Es decir, se estaba produciendo una tensión entre dos dimensiones políticas: las prioridades nacionales y los objetivos internacionales.

En este punto y siempre atentos a la perspectiva de las relaciones internacionales, nos interesa recordar algunas tesis de E. H. Carr. Como ya adelantaba en un prólogo a la segunda edición de su libro en 1945, el decimocuarto capítulo del mismo (“Las posibilidades de un nuevo orden internacional”) contenía elementos de reflexión sobre el futuro, vislumbrado desde 1939, y le que sitúan, a él y a su trabajo sobre política internacional, “*La crisis de los veinte años (1919-1939)*”, en el centro de nuestra reflexión. Su razonamiento, que se inicia certificando el fin del viejo orden mundial, alude al desmantelamiento de la vieja utopía de un mundo inagotable erigido en la estela del imperio británico que resguardaba la promesa de “una civilización ‘occidental’ coherente cuyos conflictos podían ser armonizados mediante una extensión progresiva del área de desarrollo y explotación común”, utopía que se estrelló definitivamente con la Gran Guerra y la eclosión de los diferentes totalitarismos, aunque ya venía palideciendo desde finales del s. XIX. Las relaciones internacionales, perspectiva desde la que reflexiona Carr, no podían ser como antes. Habían cambiado y debían recomponerse. La brutalidad de los conflictos, generalmente externalizada en el marco colonial, había pasado a ser una cuestión propia, interna. Las metrópolis pasaban a enfrentarse entre ellas. De este modo, “la relación del totalitarismo con la crisis (...) no fue de causa sino de efecto. El totalitarismo no fue la enfermedad sino uno de los síntomas”. El inicio del declive en el s. XIX se suspendió temporalmente gracias a la cosmovisión darwinista. Se asumió el conflicto pero se aceptó “la victoria del más fuerte, (...) condición de progreso”. A partir de 1919, tras la Gran Guerra, quedaban los satisfechos y los no satisfechos, como los denomina Carr. Los primeros, fascistas y nazis se aferraron a esa utopía decimonónica,

69 DAVID, François, *John Foster Dulles, secrétaire d'État, Cold Warrior et père de l'Europe*, traducción propia, Paris: PUPS, 2011, p. 264. A continuación, David escribe: “Toute l'action européenne de Dulles puise son inspiration auprès d'un des pères fondateurs de la constitution américaine: Alexander Hamilton (...). Ce dernier représentait l'État de New York à la Convention fédérale de 1787, avant de devenir secrétaire au Trésor de George Washington. Dans le recueil collectif d'articles intitulé *The Federalist Papers* (1788), Hamilton tentait de convaincre les New-Yorkais, réticents, d'accepter un gouvernement central fort, qui surplomberait les États fédérés, au nom de l'efficacité budgétaire, judiciaire, militaire et diplomatique. Tout l'enjeu du *Federalist* est de déterminer si la souveraineté est indivisible par nature, devant rester au niveau des États, ou si, au contraire, la paix et la justice entre les États ne nécessiteraient pas un transfert vers des institutions communes”.

70 “By putting at the fore the issue central to classical political philosophy of the relationship between absolute freedom and violence, Einaudi reached the logical conclusion that in so far as states were independent, they were in a condition of potential war, one against the other”. D'AURIA, in HEWITSON & D'AURIA, 2012, pp. 293-294.

mientras que el resto “intentaron construir una nueva moralidad internacional sobre la base, no del derecho del más fuerte, sino del derecho de los poseedores, (...) utopía institucionalizada” que terminó por justificar el statu quo. El enfrentamiento u oposición de ambas utopías, a todas luces inaceptables, reflejaba un problema de difícil resolución: la conciliación del “bien de la nación con el bien de la comunidad mundial y la moralidad internacional”. Este diagnóstico lleva a Carr a preguntarse por el futuro de las naciones como unidades de poder. Su razonamiento es perfectamente lineal. Desde la revolución francesa y la defensa los derechos del hombre, pasando por el s. XIX y la preeminencia de la lucha de clases, hasta el cambio de siglo y la trascendencia de la dialéctica entre naciones, se constata un trayecto que desemboca en un escenario, tras la Gran Guerra, que convierte la política internacional en muy importante. ¿Podemos considerar, por tanto, a la nación como “la unidad grupo definitiva de la sociedad humana”? Si la clase social no lo fue, al contrario de lo que anunció Marx, ¿por qué lo ha de ser la nación? Este planteamiento conduce a Carr a pensar acerca de las futuras unidades de poder político, si deben ser “más grandes y más completas”, y si “tienen que ser necesariamente de naturaleza territorial”. Lo primero encontró una vía de escape en Europa tras la Segunda Guerra mundial, pero se antoja difícil imaginar esto último, es decir, concebir una unidad de poder político basada en algo que no sea el territorio. Nada es definitivo y un nuevo planteamiento sería revolucionario, cambiando, cuando no eliminando, las relaciones internacionales tal y como se conocen. Lo que nos interesa aquí es que Carr entreveía, entre las posibles tendencias en “el terreno del poder político”, una que se dirigía claramente “hacia la integración y la formación de unidades políticas y económicas cada vez más grandes”, lo que plantea una reflexión de fondo acerca del problema de la soberanía y, en aquel momento, una preocupante “tendencia hacia la concentración de poder político y económico en manos de seis o siete unidades altamente organizadas, alrededor de las cuales giraban unidades satélite menores sin ningún movimiento propio independiente apreciable”. Esto, que tan actual parece, está escrito en 1939. Es la primera mundialización a la que se refería Monereo en su lectura de Chevènement en su reivindicación de la nación. A todo esto conviene recuperar una advertencia de Carr, cuando recuerda que “hay pruebas de que, aunque el desarrollo técnico, industrial y económico de los últimos cien años (desde mediados del s. XIX se entiende) ha dictado un crecimiento progresivo del tamaño de la unidad política efectiva, puede haber un tamaño que no pueda excederse sin provocar un recrudescimiento de las tendencias desintegradoras”.<sup>71</sup> Con el paso de los años Carr terminó llevando sus ideas hacia lugares poco complacientes con el Estado-nación.

Luego está la paranoia anticomunista. Los EEUU tomaron el relevo de Gran Bretaña configurando “un diseño global en el que la pieza central continuaba siendo evitar una alianza independiente entre la Europa occidental y la Oriental”.<sup>72</sup> El Plan Marshall se convirtió en la pieza angular del “Plan Global” de los EEUU para sostener su hegemonía mundial tras la Segunda Guerra Mundial.<sup>73</sup> Se hablaba de una URSS no constructiva, responsable de la tensión.

71 CARR, E. H., *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una introducción al estudio de las relaciones internacionales*, Emma Benzal Alonso, trad., Madrid: Catarata, 2004, pp. 303-310.

72 GARCÉS, Joan E., *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid: Siglo XXI, 2014, pp. 227-228.

73 Llovía sobre mojado. Domenico Losurdo, en su estudio sobre Stalin, ha puesto sobre la mesa la innegable condición antisemita de dirigentes políticos (Churchill), empresarios (Henry Ford) e intelectuales (Stoddard) que en no pocos casos jalearon la intromisión occidental en los asuntos soviéticos y apoyaron

Pero en la conferencia tripartita de Yalta, en Febrero de 1945, “la URSS aceptó retirar sus tropas, la no intervención y libre determinación de los pueblos, la celebración de elecciones libres en sus Estados vecinos –aceptando resultados adversos al Partido Comunista. Recordemos que en 1945 la URSS apoyó elecciones libres en Hungría, Bulgaria, Finlandia y Austria –perdidas por los respectivos partidos comunistas–, no hizo uso del derecho a estacionar tropas en Finlandia reconocido en el armisticio, retiró el Ejército Rojo de Checoslovaquia a fines de 1945, cortó sus enlaces ferroviarios militares a través de Polonia, respetó su compromiso de no intervenir en Italia, Francia o en la guerra civil de Grecia; manifestó con hechos, a lo largo de 1945, su disposición a coexistir con formas de organización económica capitalista y democracia pluralista en sus Estados vecinos. Exigía, eso sí, que sus gobiernos no adoptaran una política militar y exterior hostil, es decir, que no rehicieran el ‘cordón sanitario’ antisoviético salido de la Conferencia de Versalles en 1919. (...) Dos años antes de (...) Yalta la URSS daba prioridad a lograr relaciones armónicas con EEUU y Gran Bretaña” lo que “le llevó a disolver el Komintern –dejando a los partidos comunistas a resultados de su propia representatividad y capacidad nacional”. El espíritu de Yalta quedó enterrado ese mismo año por la nueva administración de Truman, que utilizó la bomba atómica en Japón “con el ánimo de acabar con la potencialidad entonces atribuida al sistema económico-político soviético”<sup>74</sup>. El propio Garcés lo analiza en su excepcional estudio a partir de documentos oficiales a los que ha tenido acceso.<sup>75</sup> Recordemos también que, tras la ofensiva nuclear estadounidense<sup>76</sup> en Japón, Stalin terminó dictando su propia ley sobre los países que el Ejército Rojo había liberado de Alemania. No resulta exagerado afirmar que los EEUU provocaron la reacción soviética. Fontana aporta documentación adicional en relación a las presiones ejercidas, en este caso en relación al Plan Marshall, y a la previsible reacción soviética cuando señala que, “como reconocía el senador Henry Cabot Lodge, el Plan Marshall iba a ser «la mayor interferencia en los asuntos internos [de otros países] que jamás hubiera habido en la historia». Fue la percepción de la amenaza que implicaban la doctrina Truman y el Plan Marshall lo que llevó a Stalin a endurecer el control sobre los países de su entorno, lo cual, al confirmar la división de Europa en dos bloques, iba a reforzar el «telón de acero» que Churchill había anunciado anticipadamente en Fulton”.<sup>77</sup> De la división de Alemania, señala Fontana que “la documentación que ha resultado accesible en los últimos años demuestra que la intención de Stalin fue siempre la de buscar la reunificación, sin importarle que el resultado fuese una Alemania burguesa, con

hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial al régimen nazi de Adolf Hitler. Así, por citar un solo ejemplo, “en el verano de 1918 las fuerzas británicas desembarcadas en el norte de Rusia proceden a una difusión masiva de octavillas antisemitas, lanzándolas desde aviones” LOSURDO, Domenico, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, Barcelona: El Viejo Topo, 2011, p.232. Esto último ha sido recogido por numerosas fuentes. En su imprescindible estudio sobre los ejércitos secretos de la OTAN (red Gladio), Daniel Ganser hace referencia a las primeras ofensivas anticomunistas: “en 1918 y 1920, Londres y Washington se coaligaron en la lucha contra Rusia y financiaron diez intervenciones militares contra la Unión Soviética en suelo ruso”. GANSER, Daniele, *Los ejércitos secretos de la OTAN. La operación Gladio y el terrorismo en Europa occidental*, Antonio Antón Fernández, trad., Barcelona: El Viejo Topo, 2010, pp. 74-75. Todo esto debemos enmarcarlo en el nexo de unión del furor anticomunista nacido tras la Revolución Rusa y el no menos furibundo de los ejércitos secretos que operaron en Europa en los llamados “años de plomo”: la irresponsable mistificación de la Segunda Guerra Mundial.

74 GARCÉS, 2014, pp. 254-255.

75 GARCÉS, 2014, pp. 396-419 (cap. 10, II).

76 Es retórico, pues todas las ofensivas nucleares de la historia han sido perpetradas por los EEUU.

77 FONTANA, 2011, p. 70. En cuanto a Churchill y el telón de acero sus palabras fueron: “From Stettin in the Baltic to Trieste in the Adriatic, an iron curtain has descended across the Continent”. Winston Churchill, Westminster College, Fulton, Missouri, 5 de Marzo de 1946.

tal de asegurarse su neutralización en términos militares”. Stalin buscaba la conciliación entre los dos bloques y encontró un muro al otro lado. Según Fontana, en 1952 propuso una conferencia a cuatro bandas para discutir el caso alemán, “con el fin de formar un estado unificado, independiente, democrático y neutral”, sin tropas extranjeras “antes de un año”. Nadie quiso negociar. Como dijo Stalin, “sería un error creer que se puede llegar a un compromiso o que los americanos aceptarán que se haga un tratado de paz. Los americanos necesitan tener su ejército en Alemania occidental para mantener la Europa occidental en sus manos. Dicen que tienen su ejército allí contra nosotros. Pero el propósito real de este ejército es controlar Europa”.<sup>78</sup>

Hasta aquí, hemos repasado algunas de las claves que explican el magma o caldo de cultivo del que se gestó el proceso de integración europea entre la Primera Guerra mundial y la firma del Tratado de Roma, desde quienes lo imaginaron, lo soñaron y/o lo idearon, hasta quienes lo implementaron, pasando por quienes interna y externamente opinaron, influyeron o intervinieron. Hemos reconocido la concepción determinista-darwinista del proceso, impulsado por una suerte de voluntad escatológica irrefrenable. También hemos constatado el aprecio de sus protagonistas por el libre mercado y la economía desregulada. Por supuesto, hemos dado cuenta de la trascendencia que desde el principio se otorgó a la formación y consolidación del núcleo franco-alemán y que a día hoy, en pleno siglo XXI, se observa como antecedente de las dinámicas austericidas centro-periferia en el marco de una nueva lucha inter-imperialista. Así mismo, hemos incidido en la importancia del ideal kantiano que propugnaba, ya desde “La paz perpetua”, un Europa Federal, que en el periodo analizado muestra una potente tensión entre lo nacional y lo internacional, disputa que en la Europa de hoy es de máxima actualidad. Finalmente ha quedado certificada la paranoia anticomunista (con la URSS, o “eje vertebrador –externo– pasivo” de la integración), catalizadora de sentimientos y políticas internacionales desquiciadas (por obra y gracia de los EEUU, a su vez “eje vertebrador –externo– activo” de dicha integración), obstáculo incontrovertible al sentido común más elemental. Estos son, a grandes rasgos, los principales elementos que han guiado nuestro trabajo y que nos han conducido hasta este punto. ¿Qué lección político-filosófica podemos extraer de ellos? Entendemos que el estudio nos conduce a tres campos o elementos de reflexión fundamentales sobre los que ya hemos trabajado. Por un lado está la crisis del Estado-nación en el marco del proyecto federalista europeo. También despunta una discusión sobre el significado, utilidad y necesidad de la soberanía. Y, como consecuencia de los dos elementos anteriores, esto nos conduce a un profundo cuestionamiento de lo que se nos ha vendido, impuesto o dado a entender en relación a la democracia y el Estado de derecho.

La teoría liberal dice que la soberanía es del pueblo. Esto es lo que se asocia al Estado representativo, si bien se admite que dicho Estado se ve enfrentado cíclicamente a disfuncionalidades (amenazas de guerra, crisis del capitalismo,...), pero habría imperado a lo largo del tiempo una normalidad democrática con el Parlamento, el Gobierno y unos jueces independientes. El Estado de derecho

78 FONTANA, 2011, p. 84. Así, el famoso escrito de George Kennan, segundo jefe de misión de la Embajada de EEUU en Moscú entre 1944 y 1946, en la revista *Foreign Affairs*, en el que sostenía que el régimen soviético era “expansionista por naturaleza” (“the main element of any United States policy toward the Soviet Union must be that of a long-term, patient but firm and vigilant containment of Russian expansive tendencies”) no era más que propaganda infundada. George Kennan, *The sources of Soviet conduct*, *Foreign Affairs*, Julio de 1947, disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/1947-07-01/sources-soviet-conduct>.

liberal puede entenderse también como represivo y tendente al colonialismo, siendo el soberano popular clásico el varón blanco mayor de edad. Tendríamos un Estado (antes que un pueblo) como el único competente para suspender las leyes. En este escenario perderíamos la justificación “democrático-representativa” y la soberanía pasaría a ser dependiente de un elemento exógeno: la existencia de un peligro no previsto con capacidad de destruir al Estado. En estas circunstancias sería el Estado el que decidiría los límites del derecho. En estas situaciones, históricamente, los derechos menguan, pues el Estado siempre ha mantenido su voluntad de dominio, mientras que al revés no siempre ha sido posible. Así, lo normal en la historia, desde esta perspectiva, no sería el Estado representativo, sino el estado de excepción.<sup>79</sup> La tesis de la excepcionalidad es muy antigua. En Roma, por ejemplo, el Senado tenía la posibilidad de nombrar a un dictador, la posibilidad de definir la excepcionalidad desplazando su poder a él.<sup>80</sup> El dictador determinaba el fin de una guerra y podía devolver el poder. Al final, la delegación del poder solía concluir con una indeterminación de la duración de esa dictadura, socavando el poder constituido. Vimos con Antoni Domènech las turbulencias del periodo final de la república de Weimar, la deriva de un régimen enconado en sus contradicciones y la influencia decisiva de la banca y los grandes industriales. La importancia de Alemania, como hemos atestiguado en todo el trabajo es indiscutible, y su devenir marca y establece los condicionantes del proceso de integración. La emergencia del dictador resulta políticamente trascendental. En este fenómeno se había fijado Carl Schmitt tras la firma del Tratado de Versalles, que daba por concluida la Primera Guerra Mundial y que no dejaba opciones de recuperación a la economía alemana. Schmitt se inspiró en el caso romano para justificar mediante la teoría del decisionismo político la disolución del Parlamento de la república de Weimar, y lo hizo a partir de la Constitución. Retengamos este detalle, porque se asemeja al proceso de implementación del Tratado Constitucional que ha protagonizado los primeros años del s. XXI en Europa. Schmitt identificó enemigos internos (movimiento obrero alemán) y externos (potencias aliadas), mientras percibía el peligro de la Revolución Rusa. A este paradigma decisionista se oponían precisamente las tesis garantistas de Kelsen, al que cabe aludir como parte de la tradición kantiana que aboga por un federalismo de signo europeo. Es decir, el conflicto de moralidades descrito por E. H. Carr, los satisfechos con la reacción darwinista ante la crisis de la primera globalización (los diferentes totalitarismos) frente a los insatisfechos con aquella reacción, que edificarían los cimientos de un nuevo paradigma cultural basado en el librecambismo y la liquidación del Estado-nación en favor de un federalismo que no coartase sus negocios (y/o sus beneficios, según correspondiese). ¿La deriva darwinista de la Europa federal puede ser calificada de soberana, democrática y en Estado de derecho? ¿Garantiza el proyecto federalista europeo la ausencia de toda excepcionalidad? ¿Acaso el paradigma librecambista no potencia un darwinismo social asociado en nuestros días al neoliberalismo? En este punto quizás deberíamos empezar a preguntarnos si no es hora ya de escudriñar los restos de legitimidad democrática, porque de

79 «...desde el momento en que “el estado de excepción [...] se ha convertido en regla” (Benjamin, 1942, p. 697), éste no sólo se presenta cada vez más como una técnica de gobierno, sino que deja también aparecer a plena luz su naturaleza de paradigma constitutivo del orden jurídico». AGAMBEN, Giorgio, *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Antonio Gimeno Cuspinera, trad., Valencia: Pre-Textos, 2010, p. 17.

80 «El recurso al dictador lo decidía el Senado con un decreto; uno de los cónsules designaba al dictador (*dictio*) tras haber consultado los auspicios, dentro del territorio romano (excluida Sicilia). Si los cónsules se negaban, podían elegir al dictador los tribunos de la plebe». CANFORA, Luciano, *Julio César. Un dictador democrático*, Xavier Garí de Barbará y Alida Ares, trad., Barcelona: Ariel, 2014, p. 414.

eso también hemos hablado, que quedan en el proyecto europeo realmente diseñado y cimentado a partir de la Gran Guerra y el periodo que hemos analizado.

Incidamos en el concepto de soberanía desde la perspectiva del proceso de integración europeo. Sin duda dicho concepto ha evolucionado desde los tiempos del primer planteamiento de Carl Schmitt. Para el caso de la integración europea, evidente en la actual Unión Europea, nos encontramos con el paradigma de soberanía compartida por diversos Estados. De entrada, debemos tener presente la imposibilidad de separar el poder público del poder privado. En cuanto a la categoría de excepcionalidad quizás deberíamos hablar de normalidad al referirnos a lo que algunos califican como excepción o, dicho de otro modo, quizás la normalidad sea precisamente la excepción. El Estado de hoy, más que el de ayer, no es mínimo: es ultra-intervencionista. La clave es hacia dónde interviene. El intervencionismo está a la orden del día y siempre ha sido característico del capitalismo. El hilo discursivo que enfrentaba al decisionismo con el positivismo es el del escenario anterior al crack de 1929, formalizado en el debate Kelsen-Schmitt. Un problema fundamental aquí es el de las zonas de anomia, espacios de corrupción, por ejemplo. Tendríamos el fenómeno del “doble Estado” o Estado dual, tutelado. Desde un punto de vista externo, Kelsen, que defiende que el poder puede controlarse a partir de las normas jurídicas, entiende que tenemos un conjunto de Estados que buscan el crecimiento de sus mercados para poder competir bien. Esto es lo que llevó a la Primera Guerra Mundial y al crack de 1929. De este modo, interesa buscar el mecanismo para impedir que un Estado invada a otro. De ahí surge una asamblea de naciones para poner límites. Es el proyecto de Wilson de la Sociedad de Naciones, por el que no puede agredirse a otro Estado sin razones legítimas; es la legítima defensa, lo que se enfrenta a la voluntad de poder, a la asimetría existente, pues la soberanía entre naciones ha sido siempre decidida por el más fuerte. Esto es un hecho historiográfico. Recordemos el Tratado de Versalles, que fue muy lesivo para Alemania, a la que se prohibía exportar, se les obligaba a pagar el coste de la guerra y, en definitiva, se les hipotecaba. A principios de los años 20 la crisis fue espeluznante. En Alemania se morían de hambre. Aun y así deciden llevar a cabo un experimento no autoritario, la República de Weimar. Ante semejante escenario, Schmitt critica la falta de decisión del Parlamento. Ya lo hemos visto. Viene a decir que en determinados casos esa falta de capacidad de decisión no puede sostener a un país sometido a amenazas externas (potencias de Versalles y mercados) e internas (el movimiento espartaquista, los comunistas alemanes, que estuvieron a punto de llegar al poder, los judíos, los gitanos,...). Según Schmitt, identificado el enemigo (Hobbes: la soberanía se justifica por la existencia de un enemigo) queda justificada la excepción. Soberano, por tanto, sería quien decide sobre la situación excepcional. En su réplica a Kelsen, Schmitt le dice que esta situación de excepción es imposible de predecir jurídicamente, de ahí la justificación de la decisión política como origen de la soberanía. Schmitt entiende que el caso excepcional reviste carácter absoluto cuando se impone como primera medida la necesidad de crear una situación dentro de la cual pueden valer los preceptos jurídicos, de modo que el derecho es siempre derecho de una situación determinada. La política internacional, desde los años 20 del pasado siglo, se ha regido por la presencia (imaginaria o no) de un enemigo. De ahí la excepcionalidad. El Estado social sería entendido como conquista, como diría Josep Fontana, pero también como excepción.<sup>84</sup>

81 Este planteamiento sobre estado de excepción, decisionismo, garantismo y la correspondiente discusión sobre la soberanía, deben mucho a las reflexiones del profesor Antonio Giménez Merino, de la Facultad de Derecho de la UB.

Todo esto, lógicamente, se queda a medio camino de aquello que perseguimos. Por un lado, porque se circunscribe al Estado-nación y no acaba de incidir de pleno en un proceso de integración federal. Por otro, porque ni siquiera el positivismo o la garantía formal del Estado de derecho pueden esconder la nula participación popular en el citado proceso, desde sus inicios hasta nuestros días. ¿Dónde queda la democracia, entendida en un sentido *castoridiano*,<sup>82</sup> en el marco de la integración europea? ¿Quién consultó a los europeos de postguerra? ¿A qué circunscripción y a qué votantes respondía Jean Monnet? ¿Cómo influyeron los dramáticos acontecimientos de aquellos años, es decir, el fortísimo retroceso social de un continente diezmado, asustado, todavía en estado de ‘shock’ y atemorizado por la propaganda anti-comunista? ¿Acaso no fueron fundamentalmente aristócratas, empresarios y oligarcas quienes manejaron las riendas de la integración? Y lo que es todavía más palmario, ¿cómo encarar la realidad de un proceso supervisado por los Estados Unidos? El debate decisionismo-garantismo no llegó a formalizarse, entre otras cosas porque estamos ante un proceso oligárquico y con algo más que ribetes autoritarios. Hoy sabemos que se embaucó a Europa mediante un Plan de inversiones que, disimuladamente, servía para financiar operaciones de terrorismo de Estado. También sabemos que se ninguneó a los soviéticos mediante posicionamientos de radical intransigencia y se fomentó una creciente desregulación de los mercados globales (libre mercado hasta la Segunda Guerra mundial, libre empresa a partir de entonces) que, tras la Segunda Mundial y al menos hasta la caída del muro de Berlín, camufló su dogmática ideología liberal a través de unas políticas sociales que, sin duda, se habían convertido en la respuesta necesaria (ineludible) al (mal) ejemplo soviético. Todo esto sin olvidar los indicios y pruebas que demuestran la compenetración entre occidente y el régimen nazi hasta bien entrada la guerra. De hecho, cuando empezaron a organizarse las primeras operaciones de la red Gladio, no se escatimaron suspensiones temporales de la moralidad para reclutar a oficiales y soldados nazis, que terminarían persiguiendo a comunistas y sindicalistas, asesinandolos por toda Europa, siempre en nombre de la democracia y la libertad. El proyecto federal europeo, al final, no deja de ser un intento de reconducir o, llegado el caso, neutralizar, cualquier atisbo democrático, aunque siempre al servicio de la metrópoli estadounidense, por mucha retórica participativa o inclusiva de la que presuma. La soberanía de los diferentes Estados europeos debió ponerse encima de la mesa como ofrenda al signo de los nuevos tiempos y así se hizo (así se sigue haciendo), lo que demuestra tanto la dificultad de la empresa des-democratizadora como el empeño puesto en ella por sus patrocinadores: las élites europeas y quienes rigen los destinos de los EEUU. En este sentido, el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (el TTIP que citábamos en la introducción) representa la última etapa (hasta ahora) de una empresa o proyecto que acaba de cumplir cien años.

82 “Democracia significa etimológicamente la dominación de las masas. Pero no tomemos el término ‘dominación’ en un sentido formal. (...) El dominio real es el poder decidir por sí mismo sobre cuestiones esenciales y hacerlo con conocimiento de causa. En estas cuatro palabras: con conocimiento de causa, se encuentra todo el problema de la democracia”. CASTORIADIS, Cornelius, *Le contenu du socialisme*, 1957, Margarita Díaz, trad., en *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*, Madrid: Trotta, 2007, p.11.

# ALIA

Revista de Estudios Transversales

Barcelona, marzo 2016

Asociación de Apertura Crítica

ISSN: 2014-203X